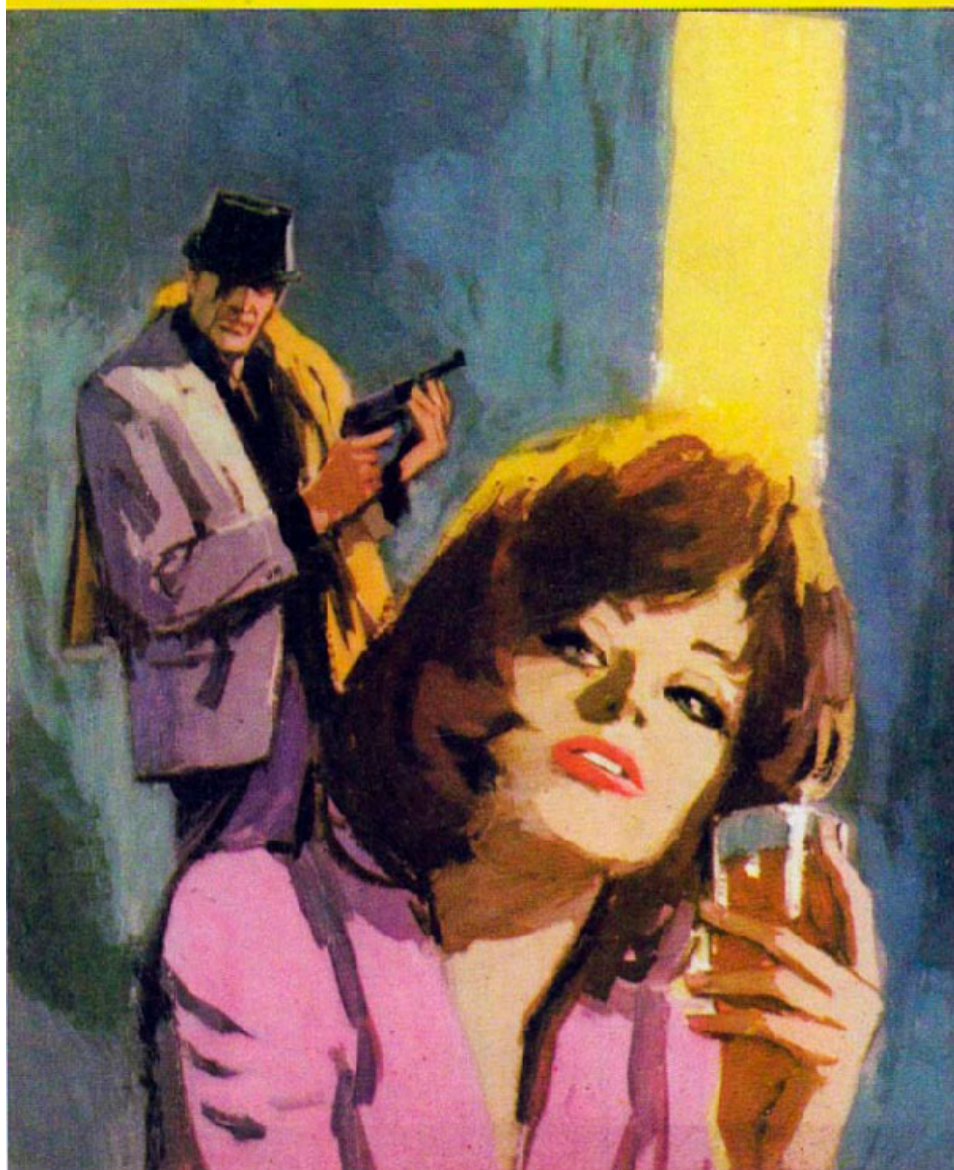


PUNTO
ROJO

sonata maquiavélica

B&B

frank caudett



COLECCION

PUNTO ROJO



MILTON
PARKER



FRANK CAUDETT

SONATA MAQUIAVELICA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 258
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Dépósito legal: B 4.907 - 1967

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: abril 1967

© FRANK CAUDET - 1967
sobre la parte literaria

© DESILO - 1967
sobre la cubierta

© VIVAS - 1967
sobre las ilustraciones interiores

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1967

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección PUNTO ROJO:

254.—¿Le fabrico su cadáver?

En Colección SERVICIO SECRETO:

854. — Operación Kasbah.

En Colección CALIFORNIA:

538.— «Omaha Story».

En Colección ARCHIVO SECRETO.

152.—Vietnam: Hora Cero.

En Colección KANSAS:

452.—Alias «Confederado».

En Colección SALVAJE TEXAS:

563.—Kichi—Manitu... Whisky... Sangre...

CAPÍTULO PRIMERO

EL SUBCONSCIENTE

Ha nacido un mundo misterioso.

Espirales retorcidas de tinieblas densas cuya oscuridad impenetrable arrulla el infinito silencio.

Un mundo en el que se está ciego y en el que nada se oye.

Rueda por él una mente dormida y un subconsciente despierto.

La tensión es dolorosa, lacerante.

Se sufre porque se espera.

De un instante a otro va a surgir la vida en ese mundo misterioso.

Una mano.

Los dedos se reparten sobre un blanco teclado y arrancan de él unas notas patéticas.

Son notas suaves que hablan de tragedia.

Ahora, una pulsación lánguida.

Son golpes siniestros que resuenan dentro del subconsciente.

Uno..., dos..., tres...

La enorme tensión oprime, oprime..., ¡oprime!

Está pronta a romperse.

Estalla el siguiente movimiento, los dedos corren locamente la tragedia ya es real.

Una orgía de confusión invade el mundo desconocido, rasga el silencio como un acero agudo, brillan unas luces espectrales, gira vertiginosamente, sufre una convulsión horrible...

Las manos brincan ahora martirizando las teclas con sadismo.

El mundo misterioso salta roto en millones de pedazos.

Despierta la mente y cesa la patética melodía.

—¡Ahhhhh!

Un grito infrahumano.

Los ojos desorbitados giran aterrados en busca de la realidad.
Tratan los oídos de captar la sonata patética.

Un jadeo ronco, agónico.

La luz surge de un techo movedizo y se dibujan en él unas
manos blancas de largos dedos.

Inmóviles sobre el teclado.

—¡No..., noooo!

Una sombra parece venir de muy lejos filtrándose por el
oscilante techo y caminando sobre el aire como un espíritu.

La invocación.

Se detiene, flotando siniestramente, mostrando brazos, hombros,
pero...

¡Sin cabeza!

—¡Ahhhhh!

El nuevo grito retumba lúgubrementemente.

Los ojos se tificen de sangre, van a saltar de las cuencas y rodarán
por el suelo como dos pedazos de cristal.

Mas... no. Se quedan al borde. Fijos. Hipnóticos.

El decapitado da un paso por el aire, extiende sus brazos como si
buscara algo.

Y surge su voz entonces.

Vibrante.

Cual si viniera de un lejano infinito y se filtrara por todos los
rincones hasta nacer de ellos.

Arriba..., abajo..., en el suelo..., en el aire...

Pero suena. Se oye.

Y dice, lentamente:

—Del mundo imperecedero donde el espíritu flota, caminando
hasta ti vengo por un pasillo de nubes..., veme aquí y oye mi voz:

*»Sufre por ti que no vives, no por mí que tengo luz, estrellas mil y un
paraíso..., no pienses que muerto estoy, pues mi espíritu ha nacido.*

*»Nació de la tumba helada..., del llanto de los mortajes..., de las
flores violáceas..., de la oscuridad fugaz que cuerpo y alma separa...*

*»¡Ven conmigo al paraíso, que aquí por sufrir no temas..., pues vida
es lo que te aguarda tras la mortal diadema...!*

De repente, los dedos se reparten de nuevo, con violencia. Un tecleo brusco que sobresalta la mente.

Enmudece y...

Su cabeza ve agitar..., ¡cabeza que no tenía!

Desaparece al instante.

Y acompaña su misterio con los dedos inmóviles, quietos hasta entonces, que vuelven a galopar sobre el teclado.

Es algo expresivo, desconocido, trágico.

Las notas se hunden en el silencio, acuchillándolo.

Mueren de repente. Bajo el signo patético de la tragedia insoluble.

Y del mundo misterioso surge una mente horrorizada que busca la realidad en el dormido subconsciente.

Estalla la explosión.

—¡Ahhhh!, ¡socorro!

Cae un cuerpo al suelo.

Se oyen voces, carreras, golpes... y se abre una puerta.

—¡Dios santo!

—¡Natalie...!, ¿qué sucede?

—La señora, Eliot. Está tendida a los pies de la cama, Parece que..., que este muerta.

—¡Déjame ver!

Un silencio.

—No, Natalie. Sólo está desmayada. Habrá sufrido una pesadilla.

—Desde luego. El grito ha sido horrible..., estremecedor. ¿Qué hacemos, Eliot?

—¡Qué quieres hacer, Natalie! Llamar al médico enseguida.

—¡Oh, sí! Tienes razón. Es que estoy aturrida. Telefono en un minuto.

—Date prisa. Que a la señora es una mujer quien debe atenderla... no un tío como yo.

—Tiéndela en la cama mientras yo llamo, Eliot.

—Eso iba a hacer.

CAPÍTULO II

EL CRIMEN

Perfección y belleza enlazaban sus anillos olímpicos en la hermosura de aquel ser deslumbrante.

De una mujer que cantaba.

Modulando la voz cálidamente.

A su timbre agradable, lánguido y suave, añadía las sensuales inflexiones, la sutil invitación que vibraba en lo más profundo de cada palabra.

Ella, era extraordinaria.

Hermosa hasta la saciedad.

Y su cuerpo, frágil y contundente la geometría, movíase al compás que sus piernas esbeltas, cubiertas por encima de unas rodillas maravillosas, marcaban con melódica negligencia.

Y su voz ígnea, tentadora, desgranaba:

«Tú... eres para mí, el más puro amor...»

Y seguía agitándose.

Los ojos del hombre, clavados en fijo éxtasis sobre el musical cimbreo de aquel cuerpo electrizante, parecían estar ausentes del mundo.

Se quebró la voz de ella, volviendo él a la realidad.

—¿Por qué... no sigues?

Sonrió la mujer con perversidad.

—Eres un egoísta, Kent.

El la miró con fijeza.

—¿Por qué...?

—¡Por qué, por qué, por qué...! ¿Por qué te parece a ti? Has

conseguido de mí lo que nadie..., que cante sólo para Si, que mis labios sólo besen los tuyos, que mis manos sólo a ti acaricien, que mi amor sea tu amor..., ¿qué más puedes querer, Kent?

—A raudales quiero tu amor, a cataratas tus caricias... —habló roncamente—. Sí, soy un egoísta. Y sólo tú tienes la culpa. Tú con tus besos, tú con tus caricias, tú con tus canciones...

Sentóse ella en el brazo de la butaca que ocupaba el hombre. Se inclinó para besarle.

—Kent...

—¿Sí, muñeca?

—He traído la grabadora.

Pareció sorprenderse él.

—¿Para qué?

—Quiero que nuestras voces sean un recuerdo de estos instantes de unión, de mutuo amor, de entrega apasionada...

Rió el hombre con brevedad.

—¿No pretenderás que cante, eh?

Se inclinó ella para besarle de nuevo.

—Sólo quiero que hables.

—No te entiendo, pequeña.

Extrajo ella un papel doblado del interior de su escote.

—Quiero que leas, Kent. Que recites frases maravillosas. Quiero escuchar tu voz como si viniera del más allá..., de un lugar ignoto, de un valle de nubes..., de un paraíso irreal de inefables bellezas...

Se inclinó tentadoramente.

Kent, vencido por la tenue y cruel exposición que ella hacía de sus encantos, seducido por el arrullo subyugante de su tono cálido, invitador...

Tomó el papel.

—¿Esto?

—Sí, Kent. Pero aguarda un segundo.

Corrió ella hacia el magnetofón. Pulsó un resorte.

Se oyó el siseo de la cinta.

—¡Ahora, Kent!

Extendió el papel.

Empezó a leer:

«Veo un pasillo de flores que flota sobre el cielo azul..., sendero de maravillas y la cortina de nubes que cubre esta vida sin fin.

»Mis pasos van hacia ti por el misterio guiados, por una estrella brillante sin dilación orientados..., mis ojos no pueden ver y, sin embargo» te buscan.

»Ya veo tu rostro adorable..., te recuerdo como entonces, como cuando tu amor y mi amor, unidos ahí en la tierra, anudaron nuestros corazones...

»¡Oh, si, Nora, yo te veo! Y ansio el oír tu voz..., ¡no, amor, no quiero que sufras! Sigue...»

Detuvo el hombre la lectura.

—¡Esto es absurdo! ¿Por qué ella...?

No terminó la pregunta.

Vio a la mujer.

Empuñando una diminuta automática de nacarada culata.

—¿Por qué, Kent? ¿Por qué siempre preguntas? ¡Por qué, por qué, por qué! —soltó una carcajada satánica—. ¡Porque voy a matarte!

Se dilataron los ojos de Kent.

—¡No..., tú no puedes hacer eso! ¿Por qué?

Un fulgor demoníaco brilló en la mirada de la mujer.

—¿De veras?

—¡No..., no pued...!

Oprimió el gatillo fríamente.

Se retorció el hombre apretando ambas manos contra el pecho.

Tratando de contener el caudal de sangre que brotaba por los agujeros que habían abierto los proyectiles.

Se desplomó, convulsionándose entre agónicos estertores.

Empezando a inmovilizarse.

Un relax eterno.

Muerto.

De bruces sobre el mosaico.

—Ahora es cuando estás mejor, Kent Davis..., ¡muerto! Se abrió la puerta del fondo.

Quedó enmarcada en el umbral la silueta de un fornido gigante que mostraba su poderoso tórax al desnudo. Un pantalón granate y unas babuchas verdosas. Colgando del cinto un enorme y siniestro alfanje.

—¿Puedo empezar, ama?

Lo miró la mujer.

—Sí..., sí, Alí. ¡Córtale la cabeza!

Las impertérritas facciones del oriental no expresaron emoción alguna mientras caminaba hacia el cadáver.

Se inclinó.

Extrajo el alfanje. Fue alzándolo lentamente.

—¡Ya, Alí, ya! —gritó ella enloquecida.

Cayó la hoja con violencia.

La cabeza de Kent Davis salió despedida entre un surtidor de sangre.

—¡Llévate el cuerpo, Alí..., pero deja la cabeza! Quiero contemplarla, quiero ver sus ojos vidriosos..., ¡quiero verla!

—Sí, ama.

Corrió la mujer, jadeante, enfebrecida, hasta sentarse ante el piano de superficie pulida y brillante.

Cayeron sus dedos sobre las teclas.

Martirizándolas.

Notas violentas que cantaban la tragedia.

Galope cruel sobre los blancos dientes del instrumento que iban tiñéndose de sangre.

Orgía espectral, alucinante, sádica...

Sonata maquiavélica.

CAPÍTULO III

LA INVOCACION

¡Riiiiing! ¡Riiiiing!

—¿Quieres contestar, Natalie?

Un rápido taconeo.

—Enseguida, señora.

La muchacha alcanzó el auricular.

—¿Dígame?

—...

—Sí, un momento por favor —tapó el microauricular con una mano al tiempo que anunciaba—. Es para usted, señora.

Pareció sorprenderse la mujer.

—¿Ha dado su nombre?

—Dice que es un asunto privado.

Patricia Blair abandonó el sofá.

—¿Quién habla? —inquirió al recibir el auricular de manos de Natalie.

—Eso no importa, señora —escuchó le decían desde el otro extremo.

Se impacientó Patricia.

—En esta casa —dijo irritada—, se acostumbra a preguntar el nombre de los que llaman a ella. ¡Buenas tardes!

—Un momento, señora Blair. Anoche tuvo usted una pesadilla, ¿no fue así?

La mujer quedó en suspenso.

—¿Cómo..., quién le ha dicho...?

—Nadie me ha dicho nada, señora. Pero sí quiero decirle yo a

usted, que no fue sueño ni pesadilla.

—¡Imposible! ¡Estaba dormida...!

—Pero oyó la voz de su esposo —la atajó el misterioso comunicante—. El le habló. Usted pudo oírlo, ¿no es verdad?

—Sí... —musitó asustada—, es verdad. Yo le oí.

—¿Querría volver a oírle?

—¡No puede ser! ¡Russell está muerto! ¡Murió hace tres...!

—Su espíritu vive, señora Blair. No tiene más que invocarlo y él vendrá para hablarle.

Patricia, temblorosa, pálido el semblante, inquirió:

—¿Cuándo..., cómo puedo invocarlo?

—Siempre que quiera. Siempre que acuda a personas videntes que tienen ese poder de invocación.

Sudaba.

—¡Cuándo, dónde!

—Preste atención, señora Blair. Mañana por la noche, a las once, diríjase a North Miami Beach. Una vez allí, por la 167 Th Street, ascienda a Sunshine State Parkway, y por ésta, sitúese en la general Miami-Tampa. Desvíese por la primera carretera secundaria y una milla más adelante introdúzcase por una bifurcación estrecha que se abre en la parte izquierda de aquélla. Media milla hacia el interior encontrará un viejo caserón en apariencia abandonado. Golpee la puerta dos veces seguidas y tres espaciadas. ¿Ha comprendido bien?

Le temblaban las manos.

—Espere..., por favor. Repita que tomaré nota.

La misteriosa voz dictó por segunda vez las instrucciones.

Agregando al final.

—Debo advertirle, señora Blair, que si se le ocurre avisar a la policía o cosa por el estilo, como, por ejemplo, contratar los servicios de un detective privado..., no será necesario invocar el espíritu de su esposo.

—¿Por qué?

—Porque el de usted irá a reunirse con él.

Colgaron.

Patricia Blair permaneció varios minutos contemplando el auricular con expresión absurda.

—¿Ocurre algo, señora? ¿Se siente mal? —preguntó Natalie, solícita.

Pareció que la otra volvía en sí de su abstracción.

—¡Oh..., no! Por favor, déjame sola.

Natalie salió de la estancia silenciosamente. Tropezó en el pasillo con el rostro exaltado de Eliot.

—¿Has visto un fantasma, chico?

Se acercó el hombre con aire de misterio para decirle al oído:

—¡Chist! He oído la conversación que mantenía la señora...

—¡Eliot! Que lo haga yo tiene un pase..., pero tú, ¡chismoso! — Natalie abrió sus gordezuelos labios en peligrosa sonrisa—. ¿Qué le decían...?

—¿Me darás un beso? —quiso saber él, ansioso.

—Trato.

—Le hablaban del espíritu del señor Russell, diciéndole... Natalie torció la cabeza burlonamente.

—¡Eliot! ¿Otra aventura de miedo?

—¡Te juro que es cierto! Escucha y verás... Pero con beso, ¿eh?

—Con beso, judío.

—Habla Nora Davis, ¿quién es?

Un silencio. Después, la voz fría, metálica, diciendo:

—Eso no importa, señora Davis.

La mujer vestida de negro se puso nerviosa.

—¡Dígame quién es y lo que quiere... o cuelgo!

Una risita espeluznante.

—No, no cuelgue. Quiero hablarle de su esposo.

—Mi esposo ha muerto.

—Sí, lo sé. Su cuerpo ha sido hallado esta mañana en Palm Beach. Pero su espíritu vive, vive señora Davis. Y usted puede hablarle, oírle..., estar con él.

Nora Davis apretó los dientes.

—¡Está loco! Es a Kent, al Kent que tan criminalmente me han arrebatado a quien yo necesito.

—Serénese, señora. Yo lamento profunda y sinceramente su desgracia. Por eso la llamo, para ofrecerle el único consuelo que usted encontrará a su pena mientras esté en la tierra. La muerte es un acto pasajero en el que sólo el cuerpo desaparece..., el barro de que somos creados. ¡Pero sigue viviendo nuestro espíritu, señora Davis! Los videntes de la eternidad pueden invocarlos, pueden traerlos hasta nosotros...

La mujer apretaba fuertemente el auricular contagiada del fluido hipnótico que vibraba en cada palabra.

—¡Miente..., usted trata de engañarme!

—Puedo probarle todo cuanto digo. ¿Está dispuesta?

Nora Davis vaciló.

—¿Le... oiré?

—Y lo verá.

—¿Cuándo..., dónde?

—Mañana por la noche. A las doce. Sitúese en North Miami Beach. Un hombre descenderá de un coche negro y le preguntará: «¿Espera a su esposo?». Y usted debe responder: «Me han dicho que puede venir». ¿Lo ha comprendido?

—Sí..., sí. North Miami Beach. Un hombre bajará de un auto negro. «¿Espera a su esposo?». «Me han dicho que puede venir».

—Correcto. Una advertencia, señora Davis.

—¿Si...?

—No se le ocurra avisar a la policía ni ponerse en contacto con ningún detective privado. Correría el riesgo de que también su cuerpo apareciese en Palm Beach.

—Nadie se...

¡Clic!

Habían cortado la comunicación.

Nora Davis permaneció inmóvil. Sin comprender por qué ni el cómo de aquella enigmática llamada.

De aquel ofrecimiento que empezaba a parecerle horrible.

Pero iría, sí.

Estaba firmemente decidida.

La casa, rodeada por la frondosidad de corpulentos arbustos, surgía solitaria en mitad del inhóspito paraje.

La hiedra medraba silenciosa esperando el arrullo del viento.

Mas no, el aire se había inmovilizado.

El crujir de la hierba húmeda, de los helechos sombríos; bajo unos pies que se arrastraban lentamente, puso una nota de vida en la siniestra escena de tinieblas.

Patricia Blair, encogida por el pánico que se cernía en torno a su persona, siguió el penoso avance.

Sendero de hierba, de árboles..., ¡de terror!

Entre jadeos alcanzó las inmediaciones del lúgubre caserón.

Dos golpes seguidos, tres espaciados.

Soledad. Silencio. Horror.

De repente, sonó un gemido siniestro. Y la mujer se llevó ambas manos a la garganta para ahogar un grito.

La puerta habíase entreabierto.

Avanzó un pie..., otro.

—¿Señora Blair?

—Yo..., yo soy.

Breve el silencio y de nuevo la voz.

—Siga caminando en línea recta.

Obedeció, escuchando cómo cada uno de sus pasos resonaba sobre la madera siniestramente.

De repente, quedó inmóvil.

Helada la sangre en sus venas.

Una estancia cuadrada acababa de aparecer ante sus ojos. Y en cada uno de los ángulos, dentro de enormes candelabros, erguíase un cirio encendido.

Espectral escena.

En el centro, una mesa redonda, cubierta por un tupido manto de color negro que caía hasta el suelo.

Un libro.

Y un cuerpo, igualmente envuelto en negras vestiduras, acodado sobre la mesa y con la cabeza caída entre los brazos.

La mujer, siguió inmóvil junto al umbral de la arcada.

—Pasa..., acércate, Patricia. Toma asiento frente a mí.

Flotaba la voz.

Obedeció con movimientos de autómata.

Sentóse a la mesa tratando de escrutar al que parecía dormido y tenía la facultad de hablar.

—Piensa en él... Patricia. Piensa. Como yo lo hago.

Patricia Blair apoyó los brazos en la mesa y descansó la cabeza sobre ellos.

—Concéntrate..., invoca su espíritu..., llámalo..., pronuncia su nombre..., concéntrate.

—Russell, yo te invoco. Yo te llamo. Russell, soy Patricia.

—¡Sigue! Concéntrate..., concéntrate... concéntrate...
¡Concéntrate!

Saltó hacia atrás aterrada.

—¡No...!

Y de nuevo la voz, flotando:

—Vuelve a invocarlo..., sígueme... Busca conmigo su espíritu..., ¡búscalos!

La mujer, sobrecogida por el horror, actuó como inconsciente.

—¡Russell, yo te invoco..., soy Patricia! ¡Russell!

El silencio.

Luego, un gemido.

—Heme aquí, si es que me invocas...

Patricia Blair abrió los ojos desmesuradamente.

¡Lo vio!

Parecía surgir del techo y caminar hacia abajo.

Ahora, se había detenido.

—¡Russell, hálame...!

—Del mundo imperecedero donde el espíritu flota, caminando hasta ti vengo por un pasillo de nubes..., ¡veme y oye mi voz! Sufre por ti que no vives, no por mí que tengo luz, estrellas mil y un paraíso...

—¡Russell! ¡Russell..., sigue!

Le veía pero no podía escucharle.

De repente, la imagen empezó a retroceder. Despacio y...

¡La cabeza caía de los hombros!

Rodaba..., rodaba..., rodaba...

—¡Noooo!

El aullido infrahumano que brotó de la garganta de Patricia Blair conmocionó las paredes.

Las hizo retumbar.

Desapareció la visión.

Abrió ella de nuevo los ojos y...

¡Estaba sola!

De la persona que la había invitado a concentrarse, del misterioso individuo vestido de negro, ni rastro.

Se apagaron los cirios de repente y quedó sumida en la más completa oscuridad.

—Levántese y camine en línea recta —ordenó una voz.

Patricia, creyendo que las piernas no iban a sostenerla, se aferró a la mesa tratando de incorporarse.

Lo consiguió con dificultad.

Caminó tan en línea recta como pudo hasta que se encontró de nuevo frente a la puerta del caserón.

—Volveremos a llamarla —anunció la misma voz—. Para entonces y para cuantas veces desee invocar el espíritu de su esposo..., deberá traer mil dólares en billetes pequeños y usados.

—¡Mil dólares...!

—Ése es el precio.

Salvó el umbral y abandonó el sombrío edificio.

Entonces, impulsada por una fuerza desconocida, corrió despavorida hacia el lugar en que había dejado el auto.

En su loca carrera, casi rozó los matorrales tras los cuales, dos pares de ojos la escrutaban.

Dijo una voz:

—¿Te convences ahora, Natalie?

Suspiró la muchacha profundamente.

—Sí, Eliot. Creo que sí.

—Debemos regresar, Natalie.

—Y deprisa, Eliot. Si la señora llegara a sospechar que la hemos seguido, nos echaría de casa.

—No me daría ningún disgusto, palabra. Eso de trabajar en una casa donde los espíritus van y vienen... ¡no me hace gracia!

—¡Anda, anda, miedoso! ¡Vámonos!

Salieron, apartando la hojarasca y los matorrales.

Fue Natalie quien vio la sombra.

La sombra gigantesca de un hombre que esgrimía un cuchillo monstruoso.

—¡Ahhhh! ¡Eliot!

Saltó el hombre por delante de ella.

—¿Qué...?

No terminó la pregunta. Apenas si vio brillar el acero ante sus ojos.

Se hundió la curva hoja en su cuerpo una y otra vez. La sangre brotaba por cien lugares distintos con igual impulso que el agua de un manantial.

No oyó los gritos de Natalie mientras corría enloquecida, horrorizada en busca del auto, presa de un pánico que bordeaba la histeria.

—¡Socorro..., socorro! ¡Asesino...! ¡Auxilio...!

Y entretanto, la hoja descendía una y otra vez.

Mutilando horrorosamente el cuerpo del infortunado Eliot.

—¡Basta. Allí!

El oriental, hierático, detuvo el siniestro alfanje.

—Sí, ama. ¿Y la mujer?

—Ha dicho el jefe que no la matáramos.

—Sí, ama.

CAPÍTULO IV

UN DEBIL RASTRO

—¡Central llamando a coche patrulla

MX-57!

¡Central llamando a coche patrulla

MX-57!

¡Cambio!

—¡MX-57 a central! ¡MX-57 a Central! Cambio y permanezco a la escucha.

—Diríjase a North Miami Beach. 167 Th Street, esquina Sunshine State Parkway. La llamada proviene de un teléfono público. Una mujer denuncia un asesinato. Dice llamarse Natalie. Cambio y corto.

El oficial del coche patrulla

MX-57

le dio un codazo al agente conductor.

—Suelta la sirena, Bob.

—¿No la oye ya, sargento?

En efecto, el silencio de la noche veíase taladrado por el estridente silbato de la sirena, mientras el coche ascendía como una exhalación por la 6 Th Avenue hacia North Miami Beach.

Sobre dos ruedas tomó la curva en la 167 Th Street aplicando los frenos con brusquedad a la altura de Sunshine State Parkway.

—¡Aquí es, sargento!

Alan Backus, sargento de la Metropolitan Pólice, saltó a tierra rápidamente.

Vio a la mujer que se le acercaba.

—¿Es usted quién ha llamado?

Natalie Denver, temblorosa, asintió:

—Sí..., sí, señor.

—¿Dónde ha sido..., cuándo? —preguntó el sargento en tono imperioso.

—Lejos de aquí —dijo la muchacha—. Hace una hora..., puede que más.

Alan Backusladeó la cabeza sorprendido.

—Hace una hora..., ¿y por qué ha esperado tanto a llamar?

Natalie se retorció los dedos.

—No sé..., estaba asustada. El hombre tenía un cuchillo muy grande...

—¡Suba al coche y llévenos!

Natalie se introdujo en la parte de atrás y explicó al chofer por dónde debía circular.

Habían abandonado ya la general Miami-Tampa y se introducían por la secundaria cuando otro coche se les vino de frente.

—¡Eh, los dos no pasamos! —exclamó el conductor.

—¡Y ese imbécil no se detiene! —agregó el sargento Backus—. ¡Hazle el cruce y lárgale la luz roja!

Obedeció el chofer.

Vieron cómo el otro auto se detenía con agudo chirrido de frenos.

—¡Maldita sea su estampa! —gritó el sargento, saltando al suelo—. ¡Ahora verá!

Caminó hacia el vehículo, asomando la cabeza por la ventanilla y mostrando al que había dentro su credencial.

—Buenas noches —rezongó de mal talante—. Quiere identificarse, por favor.

Era una mujer.

Pese a la oscuridad, Backus pudo darse cuenta de la belleza de aquel rostro en el que leíase una expresión de temor.

—Me llamo Nora Davis.

—¿Vive por aquí?

Dudó unos instantes antes de responder.

—No..., no vivo por aquí, sargento.

—Dispense si me veo obligado a interrogarla —anunció el sargento—, pero por estos alrededores se ha cometido un asesinato.

—¡Qué...! ¿Un asesinato...?

—Eso he dicho, señora. Y ahora, ¿quiere decirme de dónde viene?

Un silencio.

—Es que... no puedo decírselo.

Backus soltó una risita breve.

—¿De veras? ¿Prefiere acompañarme a jefatura?

—¡No!

—Dígame, pues, de dónde viene.

La mujer tragó saliva.

—De una sesión de espiritismo.

Alan Backus se quedó con la boca abierta.

—Señora Davis, no sé si reír o llorar. Bien, ¿quiere darme sus señas?

—Sí..., enseguida. Bauer Road 1345.

El sargento tomó nota.

—Correcto. Ahora tenga la amabilidad de hacerse atrás para que intentemos adelantarla por la derecha.

Se efectuó la maniobra y el coche policíaco siguió hacia el lugar que Natalie Denver había indicado.

Cuando llegaron, la muchacha, soltó un grito de asombro.

—¡No está!

Backus la miró confuso.

—¿Quién no está?

—La casa.

El sargento, bastante nervioso, la tomó por un brazo.

—Quiere explicarse con claridad de una vez por todas.

—Eliot y yo, seguimos a la señora hasta aquí. Había un caserón viejo y sombrío. La vimos entrar. Salió al cabo de un rato y fue cuando apareció el gigante del cuchillo que..., ¡oh, ha sido horrible!

Y rompió a llorar histéricamente.

—¡Vosotros! —ordenó Backus a sus hombres registrad los alrededores.

Luego, se acercó a Natalie y le dijo con suavidad.

—Tranquilícese y trate de explicarme las cosas. ¿A qué siguieron ustedes a la señora?

Natalie, ahogando sus sollozos, dijo con voz insegura:

—Fue cosa de Eliot. El había escuchado una conversación

telefónica de la señora. Le decían a la señora que acudiera a este lugar para hablar con el espíritu del señor.

Backus soltó un respingo.

—¿El... espíritu?

—¡Sí..., sí! Eso me dijo Eliot.

—Ahora comprendo —murmuró para sí el sargento—. ¿Y dice que había una casa?

—Sí, un caserón viejo.

—¡Bien..., bien! Cálmese. En jefatura podremos hablar con más tranquilidad.

—¡Eh, sargento! —gritó uno de los agentes—. ¡Mire esto!

Backus se acercó al hombre.

—¿Qué es?

—Pues... parece un pedazo de una americana. Al menos, hay un botón.

—¿Habéis encontrado rastros de algún edificio?

—No se ve nada en cinco millas a la redonda.

Alan Backus se rascó la nuca.

—¡Menudo cuento de brujas!

—¿Regresamos, sargento?

—Sí, desde luego. No vamos a pasarnos la noche buscando ese caserón sombrío.

Regresaron al coche acomodando a la muchacha en la parte trasera.

En Mowry Drive 1200 se alza un edificio cuya construcción es reciente. Su arquitectura es moderna, estilizada, con una cúpula que parece hundirse en las nubes y llegar hasta el cielo.

Es la sede del Psychologic Department of the Metropolitan Police.

Un organismo de reciente creación, como el edificio, donde una serie de cerebros meticulosamente preparados estudien los procesos y la evolución criminal por medio de sistemas psicológicos.

Profundos estudios del *psyché* —alma como le llamamos— han demostrado que la mayor parte de actos que una persona puede cometer —y de esos actos no pueden exceptuarse los criminales—, están sujetos a una causa o inquietud oculta que ni el mismo individuo conoce.

Por ello, los organismos rectores de la nueva policía —lo que

podríamos denominar moderna generación—, han comprendido que ciertos métodos aplicados durante muchos años a la especie criminal, están ya en desuso.

La criminología se ha convertido en una ciencia como otra cualquiera, para lo cual, se han especializado en ello una serie de hombres.

Ya no debe atarse a un criminal a las patas de una silla, colocarle un foco potente delante de los ojos y machacarle a golpes hasta que confiese su delito.

El famoso «tercer grado», tan en boga durante los años treinta en adelante, ya no es lo efectivo que entonces se creía.

No significa esto que el criminal deba permanecer en la sociedad con los mismos derechos que la gente honesta, no. Pero debe apartársele de ella buscando que él comprenda el porqué. Que él mismo confíe sus inquietudes y se confiese autor de sus actos por espontánea voluntad.

Incluso debe convencerse de que un día volverá a tener ese lugar que ahora abandona si sabe hacerse acreedor a él.

Ésta es la síntesis del por qué en Mowry Drive 1200 de Miami, se yergue ese moderno edificio que alberga a los miembros del Psychologic Department of the Metropolitan Police.

Y a este nuevo departamento sólo se le pasan aquellos casos criminales que, por sus características especiales, deban ser objeto de estudio.

—Por eso, teniente —explicaba el sargento Alan Backus—, en cuanto he descubierto que toda esa historia extraña podía tener relación con el asunto de los decapitados...

—Bien, bien, Backus. Muchas gracias.

Milton Parker, teniente del Psychologic Department, tendió la mano al sargento.

—Si me necesita para algo...

—Le llamaré, sargento. Gracias.

Alan Backus salió de la estancia.

Y Milton Parker salió de la mesa metálica dando unos paseos por la estancia.

No aparentaba más de veintiocho años.

Con los rizos de su ondulado cabello negro rozaba los de ciento ochenta y cinco centímetros.

Tenía los ojos del mismo color que el pelo. Quizá más negros todavía. Y de mirada profunda, casi inquietante por su fijeza.

El resto de sus facciones eran agradables. Si bien, las mandíbulas, ligeramente pronunciadas, ponían un atisbo de dureza en la aparente jovialidad.

Y la barbilla firme, decidida.

Atlético lo era. Con el peso que correspondía a su estatura, musculoso y sin un gramo de grasa.

Había sido «recordman» de natación y sobresalido en otros deportes.

Éste era a grandes trazos, el teniente Milton Parker.

De regreso a la mesa, encendió un cigarrillo y aspiró el humo con fruición. Por un espacio superior al minuto contempló las complicadas espirales que el humo construía en el aire.

Tan complicadas como la mente humana.

Tras un largo espacio de tiempo en el que Milton Parker pareció estar ausente, decidió pulsar la palanca de fono en el intercomunicador que descansaba en un vértice de la mesa.

Escuchó al momento una voz agradable, inquiriendo:

—¿Desea alguna cosa, teniente Parker?

—Que entre la muchacha que vino con el sargento Backus. ¡Ah!, y avise a la doctora Steel para que venga a mi despacho.

—Correcto, teniente.

Momentos después se abrió la puerta.

Un puente uniformado seladeó para ceder el paso a Natalie Denver.

Parker señaló la silla que había al otro lado de la mesa.

—Siéntese, señorita Denver.

Obedeció la mujer al tiempo que se retiraba el agente cerrando la puerta.

—¿No me recuerda? —inquirió Parker.

Natalie estaba muy nerviosa. No hacía más que retorcerse las manos.

—Sí... —musitó—. Creo que sí. Usted estuvo en casa hablando con la señora cuando...

—Cuando Russell Blair fue asesinado.

—Sí, fue entonces.

Parker le sonrió afectuoso.

—Comprendo que está usted agotada, Natalie. Si quiere, dejaremos esto para otro día. Si se siente con ánimos, no obstante, le agradecería que volviese a relatarme el asunto desde el principio.

Natalie Denver cabeceó afirmativamente tratando de forzar una sonrisa.

—Ayer por la tarde —explicó—, atendí una llamada telefónica...

La criada de Patricia Blair relató por enésima vez, el sargento Backus se lo había hecho contar ocho por los menos lo sucedido desde el momento en que le pasara el auricular a su señora.

Milton Parker la escuchó atentamente soplando el humo que brotaba del cigarrillo y sin interrumpirla una sola vez.

Dijo cuando ella terminó:

—Muy extraño, desde luego. ¿Está segura que condujo a los hombres del coche patrulla al lugar exacto donde usted vio la casa en que entró la señora Blair?

—¡Segurísima, teniente!

—¿Sabe la señora Blair que la siguieron?

Natalie se llevó una mano a la garganta.

—No.

—Pero a estas horas ya los habrá echado de menos, ¿verdad?

—Desde luego.

—¿Sabe si la señora Blair recibió con anterioridad otra llamada telefónica en que le hablaran de su marido... o de esas sesiones de espiritismo?

Natalie enrojeció.

—Pues... no lo sé. Le juro que no acostumbro o escuchar.

Sonrió el teniente.

—No se preocupe por eso, Natalie. En ocasiones, la curiosidad de un criado puede servir para esclarecer un crimen. ¿Está segura de que no hubieron más llamadas?

Pareció que se tranquilizaba.

—Segura, teniente, Eliot o yo... las escuchábamos todas.

En aquel instante golpearon a la puerta.

—¡Adelante! —invitó Parker.

Entró en el despacho una mujer envuelta en larga bate de color blanco.

—¿Me ha llamado, teniente Parker?

Milton, contempló a la mujer en silencio.

Magali Steel podía ser muy licenciada en sicología, muy doctora del Psychologic Department..., pero a ojos de Parker sólo era una muchacha estupenda.

De tan negro, tenía el cabello azulado. De tan hermosos, sus ojos brillaban como estrellas de una constelación misteriosa con el mismo fulgor que las esmeraldas. De tan rojos, sus labios parecían sangrar.

Quizá el teniente sangraba... de no poder besarlos.

La bata blanca no era óbice para que un cuerpo ondulado de senos firmes quedara de relieve. Igual que sus piernas esbeltas bien dibujadas.

—¿Me ha llamado, teniente Parker? —repitió la mujer encendido su rostro por la insistencia con que el hombre la miraba.

Parker cayó de las nubes.

—¡Oh, sí! Claro, doctora Steel. Se trata de que acompañe a la señorita Denver a su domicilio. ¿Comprende?

—Sí, teniente.

Y cuando ambas se disponían a salir, advirtió Parker a Natalie.

—No le cuente a su señora nada de lo ocurrido. Urda la explicación que le parezca más verosímil para justificar su retraso. Y si le pregunta por Eliot diga que salió sin decirle adonde iba. ¿Entendido?

—Sí, teniente.

Le interesaba a Parker pillar a Patricia Blair por sorpresa. Eran bastantes las personas que asistían a sesiones de espiritismo, pero a ninguna le agradaba confesarlo.

Una vez solo, el teniente reanudó sus paseos.

Russell Blair, un hombre a quien habían asesinado tres meses atrás. Disparándole primero para cortarle la cabeza después.

¿Por qué?

Veinticuatro horas atrás había surgido el segundo caso. Kent Davis, asesinado de dos balazos. Su cuerpo apareció en Palm Beach decapitado.

¿Por qué?

Qué relación podía guardar todo aquello con la extraña cita telefónica y la sesión de espiritismo en una casa que, en realidad, no existía.

Se detuvo bruscamente.

¡Un detalle que le había pasado por alto!

El sargento Backus habló de un automóvil conducido por una mujer llamada... ¡Nora Davis!

Le había dicho a Backus que venía de una sesión de espiritismo.

Nora Davis. El la estuvo interrogando por la tarde del día anterior.

Buscó el informe que Alan Backus le había facilitado por escrito.

Algo no estaba correcto.

¡La dirección!

Bauer Road 1345.

No, no era ahí donde Nora Davis vivía.

¿Por qué le había mentido a Backus?

Pulsó de nuevo la palanquita y respondió la encargada de guardia.

—¿Sí, teniente Parker?

—Tráigame el expediente del caso Davis.

—Enseguida, teniente.

Lo tuvo sobre la mesa pocos minutos después.

Y tras leerlo detenidamente, musitó para sí:

—Dade Boulevard, 317. Miami Beach. ¿Por qué le habrá mentido al sargento Backus, Nora Davis?

No acabó de responderse porque de nuevo se abrió la puerta.

Era la doctora Steel sin bata blanca.

Con un bermellón traje chaqueta que le sentaba a su cuerpo como a los ángeles el cielo.

Parker hizo a un lado el expediente.

—Doctora..., opino que no deberías estar aquí.

Magali Steel tomó asiento al otro lado de la mesa.

—¿Por qué, teniente?

—Sencillo. Porque eres demasiado hermosa para estar rodeada de tantos hombres. Y opino además, que las mujeres hermosas no deberían interesarse en la sicología.

—¿Entonces?

—Zurcir calcetines, hacer gruesos jerseys de lana, remendar pantalones y...

—Y ser esposa de un teniente de policía. ¿Es eso, Milton?

Parkerladeó la cabeza.

—¿Por qué no tomas en serio mis palabras, aunque sólo sea una

vez?

Magali Steel sonrió encantadoramente.

—Te lo diré, Milton. Porque eres un hombre demasiado inteligente.

—Me halaga, pero de nada me sirve.

—Te cansarías de mí, lo sé. Escogí mi camino, teniente. Sé lo que puedo pedirle a la vida y lo que la vida puede darme.

—No todo en la vida es sicología, aunque ésta forme parte importante de aquélla.

—Dejemos eso, Milton.

—Correcto.

Prendió un cigarrillo.

—¿Te dijo algo la muchacha? —inquirió el hombre.

Magali se encogió de hombros.

—Nada que no te dijera a ti. Escuché vuestra conversación por el micrófono interior. He podido comprobar, eso sí, que está muy asustada. No hace más que hablar del gigante y del enorme cuchillo. Unas veces dice que llevaba el torso desnudo, otras, no parece estar muy segura de ello. Cree que se cubría las piernas con un pantalón bombacho.

Pero no es capaz de asegurar el color. Verde, azul, granate..., en realidad no lo sabe.

Milton exhaló una espesa bocanada de humo.

—Es un asunto muy complicado, doctora. Quizá el más complicado con el que nos hayamos enfrentado. El marido de Patricia Blair murió asesinado y luego le cortaron la cabeza. Tres meses después recibe ella una misteriosa llamada telefónica de alguien que la cita para asistir a una sesión de espiritismo. La curiosidad de unos criados los lleva a seguirla y uno es asesinado por el gigante de pantalón bombacho cerca de la casa que, según parece, estaba y no está. Pero ahí no termina todo, existe un detalle curioso: La policía, al acudir al lugar del crimen, se tropieza en las cercanías con un automóvil que conduce una mujer que dice llamarse Nora Davis.

—¡Nora Davis! —repitió Magali.

—Exacto. La esposa de Kent Davis, cuyo cadáver sin cabeza apareció horas atrás en Palm Beach, al ser interrogada, dice venir de una sesión de espiritismo.

—¿Cómo Patricia Blair?

—Justamente. Pero hay algo más. Nora Davis dio al sargento Backus un domicilio falso. Dijo vivir en Bauer Road, 1345, cuando en realidad reside en Dade Boulevard, 317, Miami Beach.

—¿Por qué lo haría?

—Hace rato que me vengo formulando la misma pregunta: ¿Por qué le mentiría a Backus?

—Trata de suponerlo.

—Eso estoy haciendo. Temía que volvieran a interrogarla, quizá se asustó cuando el sargento le habló del crimen...

—Quizá porque no le gustaba que supusiesen lo del espiritismo.

—No, no es ésa la razón. Ella misma le dijo al sargento que venía de una de esas sesiones.

Más incomprensible todavía.

—Ya te lo he dicho antes.

Milton apagó el cigarrillo.

—¿Qué piensas hacer?

—Interrogar a Patricia Blair y Nora Davis. Si tratan de engañarme las pondré ante Natalie Denver.

—Esas mujeres están asustadas, Milton.

—Lo comprendo. Pero yo tengo que unir los hechos para formar una hipótesis que me permita iniciar la investigación con posibilidades de éxito. La Policía Metropolitana le dio el carpetazo al caso Russell Blair..., pero yo no puedo hacer lo mismo.

—Lo sé, teniente.

—Y ese gigante del cuchillo... —musitó Milton Parker.

Magali Steel mordía sus húmedos labios. Parecía tratar de recordar.

La miró. ¡Qué maravillosa mujer!

—¡Milton! —exclamó ella de repente.

Arqueó las cejas el hombre.

—¿Has visto algún espíritu?

—No te están bien esa clase de bromas.

—¿Entonces... a qué viene esa exclamación?

—Es que... no sé si puede servirte. Pero recuerdo...

—¿Qué, Magali?

—El gigante del cuchillo. Tal como lo ha descrito esa muchacha trae algo a mi memoria.

Pareció que Milton Parker se interesaba ahora vivamente.

—¿Y es?

—Hace tiempo de eso. Un año o más. Fue en el «Kasbah Club».

—¡Eh, doctora! Eso no es ninguna escuela de psicología. ¿Qué hacías tú allí?

—¿Te importa?

—Tengo celos del que te acompañaba.

—Mi hermano, polizonte.

—Correcto. Voy a creérmelo. ¿Qué relación hay entre ese club y el gigante que tanto asustó a Natalie Denver?

—Está decorado con motivos orientales. Como una especie de harén. En la entrada hay un hombre muy alto..., un gigante. Lleva el torso desnudo, pantalón bombacho y una de esas enormes espadas árabes...

—¿Una cimitarra?

—No. Más grande y ancha.

—Entonces debe ser un alfanje.

—¡Eso es...! Un alfanje.

—¿Y qué?

—Por el retrato hablado, aunque confuso, que esta muchacha ha hecho del gigante...

—Olvidalo, Magali. En cada club con nombre oriental hay un tipo de esas características.

La doctora Steel se puso en pie.

—Buenas noches, teniente.

Milton alzó la cabeza bruscamente.

—¡Eh!, doctora.

—¿Sí?

—¿Te importaría acompañarme mañana por la noche a ese club?

La sonrisa que se dibujó en los hermosos labios de la mujer fue un tanto burlona.

—Edad para ir solo, tienes. Además, hay un plantel de muchachas hermosas que no te dejarán tiempo para pensar en doctoras.

Milton Parker se encogió de hombros.

—Lo decía simplemente porque una pareja no suele llamar la atención.

Fue otra clase de sonrisa la que ahora moduló ella.

—En tal caso... te acompañaré.

Parker nada dijo.

La vio salir y se enfrascó de nuevo en sus pensamientos.

El caso de los decapitados empezaba a amenizarse con sesiones de espiritismo.

Complicado enigma de sombras.

Hizo un alto para pensar en otra cosa.

La doctora Steel..., sí, se estaba enamorando de ella.

No. Estaba locamente enamorado de ella.

¿Qué tenían en común la sicología y el amor?

Nada.

Como tampoco lo tenían los decapitados y el espiritismo.

¿Y entre un gigante de torso desnudo y pantalón bombacho que empuñaba un monumental cuchillo... y el portero de un club nocturno?

Un débil rastro.

CAPÍTULO V

LOS INTERROGATORIOS

Era una sala de vastas proporciones regiamente amueblada.

Muy recargados los cortinajes, en exceso complicadas las molduras, y severo el aspecto en general.

Daba la sensación de que se había cuidado más el hecho de invertir un montón de billetes que el de conseguir una armonía de conjunto.

Las sillas mismo, con sus abombados asientos de cuero, tenían, cierta semejanza con viejas mujeres de épocas pasadas.

Milton Parker tomó asiento en una de ellas mientras esperaba que le recibiera Patricia Blair.

Sobre la pesada mesa de nogal que había en el centro, dejó un pequeño sobre.

Esperó, fumando un cigarrillo.

—Buenos días, teniente...

Milton giró la cabeza hacia la puerta. Se puso en pie y completó:

—Teniente Parker, señora Blair. Milton Parker del Psychologic Department. Lamento haberla molestado a una hora tan temprana.

Patricia Blair, escondido su cuerpo en una bata larga de color negro, seda y oro, se acercó al policía.

Le tendió la mano.

Milton la tomó, acercándola suavemente a los labios e iniciando una fugaz reverencia.

—Sentémonos, teniente.

Así lo hicieron. Y fue Patricia quien tomó de nuevo la palabra.

—Yo diría... ¿No nos hemos visto en otra ocasión, teniente

Parker?

Sonrió el aludido.

—En efecto. Yo estuve aquí con el capitán Boone cuando la... muerte de su esposo. Entonces pertenecía a la Brigada de Homicidios.

Patricia Blair inclinó la cabeza.

—No he vuelto a tener noticias del capitán Boone —anunció—. Supongo que eso significa...

—No significa nada, señora Blair —le atajó Parker—. La policía nunca abandona definitivamente la investigación de un asesinato. Sí ocurre, a veces, que se relega el asunto con la esperanza de que en el curso de otras investigaciones surja una pista o un detalle que establezca un nexo...

—Teniente Parker —fue ella quien le cortó ahora—, le entiendo perfectamente. Comprendo además que la policía no es omnipotente. ¿Quiere decirme cuál es el motivo de su visita?

Milton Parker no se sorprendió por aquel atisbo de brusquedad. Era una reacción muy humana la de Patricia Blair.

Todo el mundo espera mucho de la policía cuando precisa de su apoyo, y si aquélla no resuelve las cosas con acierto, rapidez...

El teniente Parker, mientras hacía estas cábalas, había tomado el pequeño sobre que dejara sobre la mesa, de nogal.

Extrajo de él un pedazo de tela con un botón. Lo tendió a Patricia Blair.

—¿Reconoce esto?

La mujer, examinó ropa y botón curiosamente.

—Pues... no. Diría que no.

—¿Tiene usted un criado que se llama Eliot?

La mujer, visiblemente desconcertada, respondió:

—No sé..., no sé si lo tengo.

Milton la miró con fijeza.

—¿Qué auiere decir?

—Que Eliot salió ayer por la noche y todavía no ha regresado.

—¿Ha preguntado usted por él esta mañana?

Patricia Blair, sin comprender lo que consideraba un absurdo interrogatorio, repuso:

—Nada más levantarme he preguntado a Natalie si Eliot había regresado. Ha dicho que no.

—¿Recuerda usted, señora Blair, si Eliot Ansara tenía un traje del mismo color y dibujo que el de esta tela?

Clavó sus ojos en el pedazo de ropa. Tardó unos segundos en responder:

—Quizá... sí, ahora que usted lo ha dicho..., ¡sí! Pero ¿cómo lo sabe, teniente?

Milton, sin cambiar de expresión, con igual tono que hasta entonces, murmuró:

—Porque todo esto es lo que queda de Eliot Ansara.

Patricia Blair saltó de la silla. Se llevó una mano a los labios y otra a la garganta. Casi gritó:

—¡No..., no es posible! ¿Por qué?

Parker, inquirió a su vez:

—¿Dónde estuvo ayer, entre nueve y once de la noche?

La mujer se desplomó sobre la silla.

—Salí..., salí a dar un paseo.

Milton, fijando la penetrante mirada de sus ojos inquisitivos en el rostro, hermoso aún, de Patricia Blair, preguntó:

—¿Por qué lugar de la ciudad dio ese paseo?

Patricia apretó los labios. Unos labios sensuales, bien dibujados y rojos por naturaleza.

Escondió sus ojos grises de los del teniente.

—Creo que fui por Biscayne Bay...

—Eso está al sur de Miami, ¿no?

—Sí..., sí, lo está.

—Y usted, señora Blair, ¿está segura de que paseó por Biscayne Bay?

Se puso en pie, crispadas las manos sobre un pañuelo de encaje. Exclamó, enrojecidas las mejillas:

—¡Teniente Parker!, ¿duda usted de mis palabras?

Milton pareció iniciar un gesto de excusa. Como si pidiera disculpas con la mirada.

Dijo:

—No, señora Blair. No dudo de sus palabras..., es que tengo la seguridad de que me está mintiendo.

Patricia Blair apretó las manos contra el pañuelo hasta que los nudillos le blanquearon.

Su rostro tiñóse de un rojo vivo. Balbució, sin convicción:

—Me está... ofendiendo, teniente Parker.

Milton, sereno, apuntó suavemente:

—¿Quiere usted llamar a la señorita Natalie?

—¿Natalie...? —sorprendióse Patricia—. ¿Para qué?

—Sea tan amable, señora Blair —insistió el policía— llámela.

Patricia, con manos torpes, agitó una campanilla de plata que descansaba encima de la mesa.

Al momento, apareció una uniformada Natalie Denver que, con ojos asustados, miró de soslayo al teniente Parker.

Le dijo éste:

—Tenga la bondad de sentarse, señorita Natalie.

Obedeció la fámula, procurando no mirar a Patricia.

—Debe perdonar a su sirvienta, señora Blair, si la contradice en el relato de ese poseo que usted dio. Me refiero al lugar por donde paseó. ¿La disculpará?

Patricia, nerviosa, atemorizada diríase, apuntó:

—No..., no comprendo nada de esto, teniente.

—Señorita Natalie —dijo Milton—, ¿quiere explicarle a La señora Blair lo mismo que me contó esta madrugada en el departamento?

Natalie Denver, inclinada la cabeza y temblorosa la voz, repitió aquella historia que, en pocas horas, había narrado varias veces.

Al término, Patricia Blair tenía pálido el semblante.

—¡No..., no puede ser! ¡Eliot asesinado!, ¿por qué?

—Retírese, señorita Natalie —ordenó Parker.

Y de nuevo solos, le preguntó a Patricia:

—¿Sigue empeñada en que fue a pasear por Biscayne Bay?

El pañuelo de encaje cayó de manos de la mujer. Los recogió Milton, tendiéndoselo con una sonrisa.

Patricia Blair, estaba ya vencida.

—No..., teniente. Ya lo sabe. No fui a Biscayne Bay.

Milton Parker, con la misma expresión, idéntico tono, igual su mirada penetrante, preguntó:

—¿Por qué ha tratado de mentirme, señora Blair?

Percibió claramente los ahogados sollozos de la mujer.

—Es usted un policía distinto a los demás, teniente Parker. No levanta la voz, no acusa de nada, pero...

—Pero obtengo la verdad, que es precisamente el fin que

siempre persigo. ¿Quiere contarme ahora todo lo ocurrido?

Patricia Blair, estaba llorando.

—Todo empezó... con un sueño. En verdad, no sé aún si fue sueño o...

—Desde el principio —la ayudó Milton—. Le será más fácil, señora Blair.

Encogió ella sus hundidos hombros.

—¿Cree de veras que es fácil explicar lo que a mí me está ocurriendo?

—Inténtelo.

Hubo un silencio.

—Tres noches atrás —empezó Patricia Blair—, tuve algo así como una pesadilla. Yo... estaba dormida, pero mi subconsciente escuchaba una melodía. Eran unas notas patéticas..., suaves, que hablaban de tragedia. Las teclas del piano parecían clavarse en mis oídos. Transcurrieron unos minutos, calculo que serían más de cinco, hasta que cambió el tiempo y las teclas golpearon bruscamente haciéndome despertar. Creo que salté de la cama. Casi al instante, los compases de la *Sonate pathétique n.º 8* de Beethoven cesaron. Entonces vi luz en el techo y unas manos muy blancas de largos dedos inmóviles sobre las teclas de un piano. Segundos después, un cuerpo que caminaba en el aire apareció junto al piano..., era un hombre sin cabeza. Y oí su voz teniente, ¡oí su voz!

—¿La voz de quién?

—De Russell..., ¡de mi marido! Y cuando acabó de hablarme, apareció su cabeza sobre los hombros. ¡Fue horrible, monstruoso! Entonces, me desmayé y ya no recuerdo nada hasta que desperté teniendo frente a mí el rostro del doctor Watt.

Se hizo un silencio.

Lo rompió Milton con una pregunta inesperada:

—¿Le gusta a usted la música, señora Blair?

—Más que eso, teniente. Soy una melómana. Y además, antes de casarme estudié canto. Pero no pude llegar a ser la soprano que yo soñaba. Pero..., ¿por qué lo pregunta?

Milton Parker sonrió.

—Porque usted me ha dicho que la música que escuchaba su subconsciente era la *Sonate pathétique n.º 8* de Beethoven.

—Sin ningún género de dudas, teniente —repuso Patricia Blair,

cual si la ofendiese que el otro dudara de sus Conocimientos musicales—. Esa sonata tiene un comienzo grave de diez compases que se rompe en el *Moho Allegro e con Brio* del primer Tiempo, clamor brusco que me despertó y que se compone de 121 compases en *do* menor.

El teniente, pareció reflexionar unos instantes.

—O sea —dijo tras un lapso de silencio—, que esos cinco minutos o más que estuvo usted dormida pero escuchando la melodía, son los que van desde el principio de la obra, el *Grave* de diez compases, hasta el *Molto Allegro e con Brio*. ¿He interpretado bien?

—Con toda exactitud, teniente.

—Y mientras usted oía las palabras de su esposo, sonaba la música.

—No..., no sonaba. Después, cuando la visión se esfumó, oí de nuevo los golpes bruscos sobre las teclas. Pero me desmayé...

—¿Qué le dijo su esposo?

Patricia se mordió los labios.

—No lo sé, teniente. Era tan grande el miedo, que fui incapaz de retener una sola palabra..., recuerdo que eran frases maravillosas...

—¿Y luego, qué sucedió?

—Le expliqué al doctor Watt lo sucedido.

Milton soltó un respingo.

—¿Cómo...?, ¿qué le habló al doctor de su pesadilla?

—Era lógico que lo hiciera, ¿no?

—Sí..., sí, claro. Y al día siguiente recibió usted esa llamada misteriosa, ¿es así?

Asintió con la cabeza.

—Explíqueme con todo detalle lo ocurrido en la noche de ayer.

Patricia Blair lo hizo.

—Por lo que usted me dice —habló Milton cuando ella hubo concluido su narración—, el caserón de madera estaba situado en el punto exacto donde lo describió Natalie. No puedo dudar de ambas, ni tampoco que las dos vieran visiones cabe como explicación. Pero lo cierto, señora Blair, es que ese caserón no está donde ustedes dicen.

—¡Pero estaba..., yo lo vi y entré en él!

—Estoy seguro de ello. Lo demuestra el hecho de que cerca del

punto en donde ustedes coinciden que se alzaba la casa, hayamos encontrado este pedazo de tela que perteneció al infortunado Eliot.

—¡Por qué..., Dios mío! ¿Por qué mataron a ese Infeliz?

Milton guardó silencio unos segundos.

—Si usted me ayuda —dijo al fin—, es posible que acabe por descubrirlo.

Alzó la mujer sus húmedos ojos.

—¿Ayudarle...?, ¿cómo?

—Le dijeron que la avisarían para una nueva sesión de espiritismo, ¿no es así?

—Sí...

—Cuando la llamen por teléfono, comuníquese conmigo de inmediato.

—Lo haré, teniente.

—Todo esto, señora Blair, está relacionado con la muerte de su esposo. No me cabe duda alguna sobre ello. Quizá yo pueda demostrarle que la policía no es lo negligente que usted imagina. ¡Ah!, otra cosa señora Blair.

—¿Sí, teniente?

—No se indisponga con Natalie, se lo ruego. Quizá su curiosidad y la del desdichado Eliot sirvan para que el asesinato de su esposo no quede impune.

—Dios lo quiera, teniente.

Estaba Milton con una mano en el tirador de la puerta, cuando se volvió para preguntar:

—Un último favor, señora Blair. ¿Quiere facilitarme la dirección del doctor Watt?

Patricia, pareció sorprenderse más que a lo largo de toda la conversación, por eso repitió:

—¿El... doctor Watt?

—Sí. Tengo curiosidad por conocerle.

—Creo que es... Tennessee Road, 876.

—Gracias, señora Blair. Aguardaré su llamada si hay ocasión de ella.

—¡Teniente...!, no me ha dicho dónde debo comunicarme...

—Encima de la mesita le he dejado mi tarjeta. Buenos días, señora Blair.

—Buenos días, teniente.

Miami Beach.

La zona residencial de la ciudad. Esa que tanto anima a los productores cinematográficos a mostrarnos las excelencias de Florida. De su clima, de su ambiente señorial, de su fastuosidad, de su derroche de dólares.

El sueño de muchos. Y el logro único de los millonarios.

Ese punto de la geografía estadounidense donde se dan cita los hombres de negocios, los políticos, los genios del ate y también, ¿cómo no?, aquellos que de la nada y navegando por el mar del delito han amasado cuantiosas fortunas que les permiten codearse, económicamente por lo menos, con la flor y nata de la nación.

Miami Beach.

No todo es hermoso, no todo son playas doradas, no todo es encanto en la península de las mil facetas.

Hay barro, lodo en el fondo. Medra también la podredumbre, existe un lugar para el crimen, lucubran también allí los cerebros mezquinos.

La incomparable belleza de Miami también tiene sus máculas. Las tiene, porque la especie humana no es limpia.

No lo ha sido nunca.

Pero..., ¿de qué sirven los pensamientos de un teniente de la moderna generación policíaca?

No van a cambiar el curso de la existencia por mucho que lo desee.

Se habla de que los filósofos no influyeron tan siquiera, con sus teorías, ni en el ánimo de los vecinos de su escalera.

¿Qué puede arreglar del mundo Milton Parker?

De momento, sólo trata de esclarecer un caso misterioso en el que dos hombres han muerto asesinados y les ha sido cortada la cabeza.

Y en Miami Beach, busca a una mujer que le ha mentido a la policía. ¿Por qué?

Dade Boulevard, 317.

Un palacio soberbio.

Luego de ascender por la arenosa avenida que serpentea entre cuadros de césped, frondosos arbustos, umbrías glorietas, arriates y bordea las vertientes de un transparente riachuelo se llega a la entrada del edificio.

—Deseo ver a la señora Davis.

El espigado mayordomo examinó detenidamente la credencial.

—¡Ah, sí! No le había reconocido, teniente. Usted estuvo anteayer aquí.

—Exactamente.

—Tenga la bondad de pasar. Le anunciaré enseguida.

Milton fue precedido por el mayordomo a través de un alfombrado pasillo que, desde el vestíbulo deslumbrador, atravesaba la casa de un extremo a otro.

Lo introdujo en una estancia amplia y decorada con habilidad exquisita.

Con mucho más gusto que en casa de Patricia Blair.

Claro que, había millonarios y millonarios.

Milton Parker dio un vistazo a su alrededor. No tuvo que esforzarse mucho para comprender que, sólo lo que había dentro de la vitrina, superaba de largo al sueldo que él podía percibir en total durante todos los años de servicia que le quedaran.

La vida. Así era la vida.

Nadie hubiera adivinado que Nora Davis había quedada viuda cuarenta y ocho horas atrás.

Nadie.

Además de ser extraordinariamente hermosa, Nora sabía elegir los modelos adecuados para que la esbeltez y las líneas rotundas de su exhuberante anatomía quedaran manifestadas casi cruelmente.

Todo empezaba en aquel agudo escote que introducía la mirada camino de un busto ampuloso y firme, blanquecino, nacarado, en el que ella fiaba su principal atractivo.

Ceñía suavemente sus redondas caderas, que balanceaba cadenciosamente al caminar sobre unas piernas muy; bien formadas y esbeltas.

Sólo en su rostro podían leerse pequeños indicios de que la juventud empezaba a escapar.

Pero los ojos azules seguían viviendo con alegría dentro de unas órbitas oblicuas de línea elegante.

Y su boca, como ahora, sabía entreabrir los golosos y rojos labios para ofrecer una sonrisa al teniente Parker.

—No esperaba verle tan pronto, teniente.

Milton inclinó la cabeza en respetuoso saludo.

—Aunque para usted sean circunstancias dolorosas —no hubo ironía en la voz de Parker—, he de confesar que para mí constituye un placer poder contemplarla.

—No debiera usted ser policía, teniente Parker.

—¿Por...?

—Porque su porte de *gentleman*, su innata distinción y sus frases gentiles no están muy de acuerdo con su faceta profesional.

—Ése es un error, señora Davis —murmuró Milton con extraña sonrisa—, en el que caen muchas personas. Imaginar al policía con el nudo de la corbata flojo, desabrochada la chaqueta mostrando la culata de su revólver, apagado el pitillo en los labios, duras las palabras y hosca la expresión... pertenece a otros tiempos. La nueva policía es como yo. ¡Ah!, lo cual no es óbice para que en ocasiones nos pongamos desagradables.

Nora Davis sonrió encantadoramente.

—No lo creo, teniente. Pero ¡por favor!, tome asiento.

Así lo hizo Milton. Y ella, lo imitó haciéndolo muy cerca de él.

Subió la corta y estrecha falda descubriendo dos rodillas perfectas y el inicio de unos muslos prietos, de carnes bronceínas.

Nada hizo la mujer por evitar que él se percatara de sus encantos sugestivos.

—¿Ha conseguido averiguar algo, teniente?

Milton le ofreció un cigarrillo. Puso luego uno en sus labios y ofreció el mechero encendido a Nora.

Cuando hubieron encendido y la cortina de humo empezó a extenderse entre ambos, anunció:

—Sí, señora Davis. Algo he averiguado.

Brillaron los azules ojos de Nora.

—¿Como qué? —indagó ansiosa.

—Como que una mujer es capaz de mentirle a un sargento de la policía cuando regresa de una sesión de espiritismo.

La expresión de Nora Davis, ante aquellas palabras pronunciadas con tono suave, cambió radicalmente.

—No..., no le comprendo —tartamudeó.

Y al atragantársele el humo, empezó a toser.

—¿De veras? —sonrió Milton Parker—. Entonces, ¿podría explicarme por qué le dijo al sargento de la Metropolitana Alan Backus que su domicilio era Bauer Road 1345?

Tembló la mano derecha de Nora y la ceniza del cigarrillo cayó sobre su vestido y rodillas.

Milton alzó la mano instintivamente para sacudir la ceniza del vestido de ella.

Pero se detuvo.

Y vio los ojos azules de la mujer clavados en los suyos en muda invitación. Tentadoramente.

—Le permito..., teniente.

Y ella le acercó el rostro.

—Usted misma puede hacerlo —repuso Milton, ladeándose ligeramente para escapar al fuego invitador de los entreabiertos labios—. ¿No va a responderme, señora Davis?

—¿Por qué no deja de llamarme «señora» Davis? Nora es mi nombre.

—Juzgo más conveniente que cada cual ocupemos el lugar que nos corresponde. Usted es la señora Davis, y yo el teniente Parker. ¿Por qué le mintió al sargento Backus?

Nora suspiró profundamente.

—Tuve miedo.

—¿De qué?

—Me dijo que se había cometido un asesinato por aquellos alrededores. Temí verme involucrada en la investigación del mismo. Bastante tengo con lo mío.

—Lo que usted hizo constituye un delito por el cual puedo detenerla, señora Davis.

—Deténgame. Al menos podré estar cerca de usted.

Nora Davis rebasaba las fronteras del cinismo. Pero eso no era nuevo para un miembro del Psychologic Department.

Al contrario, contribuía a aumentar sus conocimientos teóricos.

—No, lo siento. No pienso detenerla. A menos que pruebe que usted tiene que ver con ese crimen. O... con algún otro.

El hermoso rostro de Nora se congestionó. Dijo con voz ronca:

—¿Insinúa que yo maté a mi esposo?

—No he dicho eso, señora Davis. Parece que usted se adelanta a mis pensamientos. ¿Qué la hace suponer que insinúo eso?

—No... no sé, teniente —tartamudeó.

—¿Por qué fue a esa sesión de espiritismo?

—Me invitaron a que asistiera.

—¿Quién?

—No lo sé.

—Explíquese con claridad.

Nora Davis aplastó nerviosamente la colilla de su cigarrillo. Miró al policía, ahora con ojos suplicantes.

Habló:

—Me llamaron por teléfono. Una voz desconocida. Me dijo que el espíritu de mi esposo vivía y que si lo deseaba podría hablar con él —un débil suspiro ahogó las palabras de Nora—. Yo... nunca estuve enamorada de Kent. Pero a mi modo lo quería.

—No lo dudo —apuntó Milton, en un tono exento de mordacidad pero muy significativo.

—Dudé primero —siguió la mujer—. Jamás he creído en esas tonterías. Pero la persona que me hablaba lo hacía de una forma tan persuasiva y autoritaria a la vez que, sin saber exactamente el porqué, accedí.

—¿Qué instrucciones le dieron?

—Debía situarme, sobre las doce de la noche, en North Miami Beach y esperar a que un hombre se acercara a preguntarme: «¿Espera a su esposo?». Mi respuesta era: «Me han dicho que puede venir».

—¿Luego?

—Me subieron a un coche negro y nos dirigimos a la general Miami-Tampa. El conductor se desvió por una carretera de segundo orden y luego por un camino vecinal. Llegamos frente a un caserón viejo erguido en el centro de unos arbustos... muy lúgubre. Entré en la casa, que estaba a oscuras completamente, mientras me indicaban que caminara en línea recta. Fui a parar a un cuarto en el que había cuatro cirios encendidos, una mesa cubierta por un mantel negro, un libro y una persona vestida de luto que parecía dormir. Ella me dijo que invocara a Kent, que sólo pensara en él, que lo llamara...

—¿Lo vio?

Nora tragó saliva.

—Si. Y me habló.

—¿Qué le dijo?

—Verá —musitó dubitativa—, no podría recordar exactamente, pero hablaba de un pasillo de flores, senderos maravillosos, de su

vida sin fin..., de que sus ojos no podían ver pero me veía a mí...
¡No sé, no recuerdo más!

—Cálmese, señora Davis —dijo el teniente, con voz afable. Trate de explicarme lo que sucedió después.

—Desapareció... Kent desapareció. Y también la persona que me había dicho que lo invocara. Salí del cuarto y una voz me ordenó que caminara en línea recta hacia la puerta. En ella, me dijeron que ya sería avisada para la próxima sesión y que el precio sería de mil dólares. La misma voz, me ordenó coger el coche en que me habían traído, diciéndome que lo abandonara en North Miami Beach. Eso es todo, teniente.

Me imagino —habló Milton— que también le dijeron que no se pusiera en contacto con la policía.

—Exacto. Pero no he podido impedir que sea la policía quien se ponga en contacto conmigo. Si me matan... tendrá más crímenes para aclarar, ¿verdad, teniente?

Milton Parker no respondió.

—¿Podría reconocer al hombre que la interpeló en North Miami?

Negó ella con la cabeza.

—Estábamos en lugar poco iluminado. Además, llevaba un gabán con las solapas alzadas y el sombrero calado hasta las cejas. Sólo puedo determinar que era alto y delgado.

—¿Vio la matrícula del coche?

—No.

—¿La marca?

—Creo que era un «Oldsmobile».

El teniente Parker se puso en pie.

—Una última recomendación, señora Davis. Aquí le dejo mi tarjeta para que se ponga en comunicación conmigo cuando la llamen de nuevo.

—Si ustedes me siguen... seré asesinada.

—No somos principiantes, señora Davis. Por su bien insisto en que me llame.

—Lo haré, teniente. Lo haré... aunque sólo sea por verle de nuevo.

Milton le volvió la espalda.

Tennessee Road 876.

El elevador lo dejó en la planta duodécima. En el cuarto pasillo puerta B se encontraba el consultorio del doctor Harold Watt.

La enfermera o secretaria, era una chica monísima de rostro picaresco e ingenuo a la vez.

Según torciera la deliciosa boquita o arrugara la graciosa nariz.

Escondía su cuerpo flexible en el interior de una bata de impoluto blanco, y sus ojos, tras los cristales de unas modernas gafas.

Sonrió al hombre, preguntándoles.

—¿Tiene usted hora, señor?

—Teniente Milton Parker, del Psychologic Department. Desearía ver al doctor Watt.

Ahora, arrugó ella la respingona nariz.

—Dudo que pueda recibirle, teniente. El doctor tiene los minutos...

—Ya imagino que tiene mucho trabajo, señorita. Pero también imagino que le será más cómodo recibirme aquí... que tener que desplazarse a mi departamento..., ¿verdad, señorita?

Milton, sin alterar su tono suave de siempre, había puesto en las palabras un acento de autoridad que no admitía réplica.

—Bien. Iré a comunicarle al doctor que usted desea verle.

Se perdió por la puerta del fondo.

Milton, entretanto, fue el blanco de la curiosidad de aquellos que aguardaban su turno en la consulta del médico.

Volvió la muchacha a los pocos minutos.

—El doctor Watt le recibirá inmediatamente —anunció—. ¿Quiere seguirme, por favor?

Le condujo hasta la puerta y se hizo a un lado al abrirla.

—El teniente Parker —dijo.

Harold Watt no se molestó en ponerse en pie.

Milton le dirigió una mirada escrutadora. Pertenecía a aquella clase de individuos que, fuera de las ostentosas mesas llenas de papeles, recetas, diagnósticos y cuadros de temperatura, no eran nada.

Su personalidad era su profesión. Gustaban que la gente los respetara y que se sentase frente a ellos con temor.

Necesitaban saberse admirados, temidos y respetados.

Fuera de allí, no eran nada y lo sabían. Pero existían las

excepciones, las peligrosas excepciones.

—Lamento interrumpirle, señor Watt.

—Llámeme doctor, teniente —rectificó en tono áspero. Y agregó —: Más lamento yo que me haga perder mi valioso tiempo.

—Colaborar con la policía no puede llamarse perder el tiempo, doctor Watt. ¿Permite que me siente?

—Hágalo.

El médico frisaba los cincuenta años. Tenía el rostro sanguíneo, los ojos mortecinos y la expresión apagada.

Severa y hostil a la vez.

—Dígame lo que desea, señor policía.

—Llámeme teniente, doctor Watt —rectificó Milton con un atisbo de dureza. Inquirió seguidamente—. ¿Visita usted a la señora Blair?

Ensayó un ademán altivo.

—Visito a lo mejor de Miami y...

—Sólo me interesa Patricia Blair, doctor. ¿O quiere que perdamos su tiempo en divagaciones megalómanas?

—No tengo manías de grandeza, teniente —replicó Harold Watt con rabia no contenida—. Cierto es que mi clientela está compuesta por la mejor sociedad de Miami. Y cierto que visité a la señora Blair.

—Ha dicho... «visité». Como si se refiriera a la última visita que usted le hizo a la señora Blair. Yo, doctor, he hablado en general..., ¿por qué particulariza usted en la última visita?

Harold Watt se quedó en suspenso unos minutos. Cual si hubiera cometido un error y buscara la forma de rectificar.

—Bueno..., no sé exactamente por qué he querido referirme a la última visita. Quizá porque las circunstancias me han hecho pensar en que su interés por la señora Blair en relación conmigo debía...

—¿Las circunstancias? —le atajó Milton—. Creo que usted mismo está complicándose la vida, doctor. Hace difícil lo que debía ser muy fácil. ¿Quiere explicarse con claridad?

Watt extrajo un pañuelo del bolsillo de su chaleco y secó con él la sudorosa frente.

—Es que... —empezó a decir con inseguro acento—, la otra noche fui avisado urgentemente por los criados de la señora Blair. Me dijeron que se había despertado gritando y que estaba

desmayada. Acudí rápidamente...

—¿Cuál fue su primera impresión al verla, doctor? —preguntó Milton repentinamente.

—Pues... me pareció que el desmayo se había producido a consecuencia de un *shock* síquico cuyo origen podía ser muy bien una pesadilla.

—¿Qué le dijo la señora Blair al volver en sí?

—De momento, nada recordaba.

—Pero usted le preguntó, ¿no es así?

Watt sacudió la cabeza afirmativamente.

—Pues claro. Es mi obligación averiguar las causas...

—¿Qué le contó la señora Blair?

—Me explicó que había tenido un sueño extraño...

—¿Sueño?

El médico ladeó la cabeza.

—Teniente, para mí fue un sueño. Ella dijo que había despertado después de escuchar inconsciente una melodía y que vio a su marido sin cabeza, hablándole, que luego lo vio con cabeza, que siguió la melodía, y se desmayó. ¿Cree usted en visiones, teniente? Imagino que como policía...

—Imagínese que como policía creo en las visiones. O mejor en las truculencias que se dan vida en ciertos cerebros retorcidos para conseguir que otros cerebros sean tan visionarios que luego los demás digan que han soñado. ¿Me entiende?

Watt abrió los ojos.

—¿Quiere decir que la señora Blair vio a su marido decapitado, que luego lo vio como normalmente había sido... y que no estaba soñando?

—Eso quiero decir. ¿No se le ocurre a usted la explicación del por qué?

—Rotundamente, no.

—¿Y qué sabe acerca de una sesión de espiritismo a que fue invitada la señora Blair y en la cual vio de nuevo a su marido?

—¡Absurdo!

—Lo sería si sólo se tratara de la señora Blair. Pero existe otra mujer que vio a su marido en las mismas circunstancias. Se llama Nora Davis. Y su esposo fue asesinado dos días atrás. Encontramos su cuerpo en Palm Beach... sin cabeza. ¿No le parece extraño que

aquellas mujeres cuyos maridos mueren decapitados, tengan oportunidad de verlos de nuevo? ¿No le dice nada que les cobren mil dólares por cada sesión de espiritismo?

Milton Parker había hablado sin salirse del tono. Pero con acento duro y casi acusador.

Harold Watt estaba nervioso y desconcertado. Diríase que las manos le temblaban y que no hallaba una respuesta coherente a las preguntas del policía.

Se limpió por segunda vez el sudor, antes de explicar:

—Teniente Parker..., no sé por qué ha venido a contarme todo eso a mí, ni el por qué de esa velada acusación que esconden sus palabras. Yo soy un médico simplemente y ejerzo como tal. Yo llevo asistiendo a la señora Blair desde antes de morir su esposo en tan lamentables circunstancias y nada sé de sus problemas ni de su vida privada. ¿Por qué involucrarme en todo eso? El hecho de que siendo su médico de cabecera atendiese a la señora Blair la noche del desmayo, fuere sueño o visión el motivo, ¿es suficiente para que me acuse de algo que no conocía hasta que usted ha entrado en mi despacho? ¿Es suficiente, teniente?

Milton sonrió melifluo.

—Precisamente el hecho de que usted sea médico, doctor Watt, me hace pensar en que sabe mejor que nadie cómo disponer de una cabeza humana.

—¡Qué! ¿Cómo ha dicho?

—Que imagino debe saber conservar una cabeza humana... y para qué usarla también.

—¡Eso es un insulto, teniente Parker!

—Yo lo he dicho sin exaltarme, doctor. Sin ánimo de ofensa..., pero si usted lo toma así, puedo sugerirle que formule una queja a mi Departamento. ¡Ah!, también puede demandarme si quiere.

Se puso en pie. Y antes de que el estupefacto y congestionado Harold Watt pudiese articular palabra, agregó:

—Es cuanto tenía que decirle, doctor. Por el momento... se entiende. Ya que tengo la impresión de que no pasará demasiado tiempo sin que volvamos a vernos.

Giró sobre los talones y salió del despacho.

CAPÍTULO VI

HABLA... UNA VOZ

La mano sostenía en el aire un vaso de *whisky*.

Al trasluz, la ambarina tonalidad del licor ofrecía un contraste sugestivo de matices verde oscuros.

Descendió el vaso hasta la mesita.

Unas piernas maravillosas agitaron en el aire su piel de bronce desnudo.

—¿Qué hiciste con el cuerpo, Alí?

—No será encontrado jamás, ama.

Desperezó ella lánguidamente su cuerpo armonioso. Por unos instantes, la perfección de las líneas y la estudiada pose tuvieron ribetes de estatua mitológica.

—Eres sanguinario... muñeco. Pero tan útil.

La voz de ella era cálida, su tono encendido. Casi apasionado.

—¿Te disgusta eso, ama?

Sonrió la mujer.

—¡Oh, no! Claro que no, estupendo salvaje. Te necesito. Hasta para que me ames.

—¿Quieres que te bese, ama?

El gigante de torso desnudo y pantalón bombacho habíase acercado lentamente a la mujer.

Sus ojos inexpresivos brillaban ahora. Y sin embargo, miraba a la mujer con respeto.

—Quiero que...

¡Riiing! ¡Riiiiing!

—... ¡Maldito teléfono!

Se acercó al aparato dejando que su cuerpo se recortase en el interior de aquella menudencia transparente que lo cubría.

El pecho del hombre se agitaba ruidosamente.

Dio un nuevo paso hacia ella.

—¡Ama... —casi rugió—, me enloqueces!

Ella, había descolgado el auricular.

—¿Quién?

Un silencio.

—Habla... una voz.

Las facciones de la mujer se crisparon y sus manos apretaron con fuerza el auricular.

—Escucho —murmuró.

—Nora Davis y Patricia Blair han hablado con la policía —anunció la misteriosa voz de matiz impersonal.

—¿Las elimino?

—¡No! —dijo la persona que estaba al otro extremo, con fría exclamación—. ¿Te has vuelto loca, imbécil?

—Pero... —articuló la mujer—, ¿no dijo usted?

—¡Cállate, Paola! Límitate a obedecer mis órdenes y a no replicar ni hacer objeciones.

—Correcto. ¿Qué debo hacer?

—Simplemente... asustarlas.

—¿Cómo?

—Instala el caserón en To Key West, al sur del Everglades National Park. A media milla de la zona pantanosa hay un claro en el bosque; servirá de adecuado marco. Luego, que dos de tus hombres vayan a buscar a Nora y a Patricia. Insignias falsas, ¿comprendes? Que digan pertenecer al Psychologic Department y obedecer órdenes del teniente Parker. Dale un buen susto en la casa y exígeles cinco mil dólares.

—¿Y si no llevan ese dinero?

—Que lo recojan tus hombres al devolverlas a sus respectivos domicilios. Esos diez mil dólares serán tu sueldo de este mes, ¿has comprendido bien?

—Perfectamente. Hay una novedad, jefe.

Un silencio.

—¿De qué se trata?

—Un detective que lleva un par de días merodeando por el

«Kasbah Club». Lo contrató Nora Davis para que siguiera a su esposo.

—¡Elimínalo!

—¿Algo más, jefe?

—Nada. Procura que no haya fallos..., va tu piel en ello.

Colgaron.

Paola hizo lo propio.

—Alí... —murmuró adoptando una pose provocativa y excitante
—, acércate.

—Sí, ama.

—¡Bésame..., bésame, Alí!

CAPÍTULO VII

SIGUE EL CRIMEN

—Ése es el gigante —anunció Magali Steel, señalando al enorme portero del «Kasbah Club»—. ¿Qué te parece, Milton?

Sonrió el teniente.

—Como rastro, es el más débil de cuantos he seguido, doctora. Como animal de la especie humana, uno de los más corpulentos que he conocido.

—Ahora que estamos aquí... —murmuró Magali con burlona sonrisa—, ¿no vas a invitarme a tomar algo?

El teniente se hizo atrás para mirarla.

—¿De veras, doctora? Pero conste que no me satisface el invitarte...

—¡Embustero! Tú dijiste...

—Que te invitaría a tomar las estrellas del cielo, la luna romántica que alumbra esas noches cálidas y maravillosas de Miami.

—No alcanzaría, Milton.

Rodearía tu cintura para alzarte y...

—Y acabarías besándome, ¿no?

—Sí. Acabaría besándote, doctora. ¿Me abofetearías luego?

Algo enigmático, una sombra extraña, tuvo vida durante fugaces segundos en los verdes ojos de Magali Steel.

—Creo que te abofetearía, Milton. De no hacerlo, correría dos graves riesgos.

—¿Cuáles?

—Uno... que tú te acostumbraras a besarme; otro..., que yo me

acostumbrara a tus besos.

—¿No quieres arriesgarte, Magali?

—No, Milton. Bueno, ¿me invitas?

Se hizo a un lado para dejarla pasar camino de la entrada del club.

Vio cómo el gigante se inclinaba respetuosamente al tiempo que saludaba en dificultoso inglés:

—Buenas noches, señores.

Y apartó unos cortinajes.

«Kasbah Club» estaba bien montado y mejor decorado.

Era obvio que sólo concurría allí la gente adinerada. Y para asegurarse de ello, el precio de las consumiciones era fabuloso.

En el pequeño vestíbulo que se abría, pasados los cortinajes, se encontraba el guardarropía. A la izquierda de éste, existía un pequeño salón en el que se había instalado un pequeño bar para los ansiosos que no podían esperar.

Al fondo, nuevas cortinas que separaba un empleado de volumen inferior al portero.

Y tras éstas, la sala.

Tenía como fondo un escenario de reducidas proporciones desde cuya concha, una rampa descendía hasta el punto central de la pista, a cuyo alrededor formaban abierto semicírculo una veintena de veladores.

También existían los rincones habituales de eterna penumbra en donde las parejas ardientes se arrullaban en la intimidad.

A la derecha, paralelo al tabique en toda su extensión, un mostrador bar frente al que se alineaban varios taburetes.

Donde terminaba la barra abría un arco que seguramente conducía a las dependencias privadas y camerinos de los artistas.

—Tú eliges la mesa —dijo Milton a Magali.

Sonrió la muchacha.

—Tú prefieres la penumbra..., ¿verdad, teniente?

—Pero como en ese particular jamás nos pondremos de acuerdo...

Empezó a caminar ella dirigiéndose al vértice izquierdo de la sala y tomando asiento en la única mesa «íntima» que quedaba libre.

—¿Te sorprende? —preguntó Magali.

Acomodóse el teniente frente a ella sin decir media palabra.

—A veces, doctora, tengo la impresión de que te diviertes jugando conmigo.

Magali ofreció una de sus deslumbradoras sonrisas.

—¿Por qué había de hacerlo?

La respuesta de Milton Parker, que no fue tal, dejó a la doctora Steel con la boca abierta.

—Háblame del subconsciente.

Brillaron con extrañeza los ojos verdes.

—¿Qué te ocurre, teniente? ¿A qué hemos venido aquí?

Milton, con su tono sosegado y su voz suave, repuso con una sonrisa:

—Yo, entre otras cosas, a no hacerte el juego.

—¿El juego? —repitió ella con genuina sorpresa.

—Eso he dicho. No me gusta que juegues con mis sentimientos, doctora Steel. Podría decirte que los policías también tenemos nuestro corazoncito, pero eso le sonaría ridículo a una licenciada en psicología. Por eso digo que no seguiré tu juego. ¿Para qué has elegido esta mesa íntima? Sí, ya sé, para que cuando haya bebido un par de copas me sienta con la euforia suficiente para repetirme que estoy enamorado de ti. Pese a todo, ello halaga tu femenina vanidad. ¿No es así? Luego, me responderás con tus frases estudiadas de doctora en psicología. No, no pienso seguir por ahí. Por ello prefiero que me hables del subconsciente.

Magali Steel, quizá por vez primera en su vida, viose indefensa y desarmada dialécticamente.

Reconoció para sus adentros que Milton Parker la había vencido con enorme facilidad y sencillez en una batalla que podía tener un significado importante en la vida de ambos.

Se limitó a preguntarle:

—¿Estás preocupado, Milton?

—Sí..., lo estoy. Es un asunto muy complicado el que debo resolver; confieso que me he introducido por un callejón sin salida. Interrogatorios, respuestas que pueden decir mucho pero que nada me dicen...

Acto seguido, Milton refirió a Magali las conversaciones sostenidas con Patricia, Nora y el doctor Watt.

—¿Sospechas del médico? —inquirió la mujer cuando él hubo

concluido.

No respondió Milton porque en aquel instante se acercó el camarero. Ambos pidieron un combinado.

—No sé con certeza si tengo derecho a sospechar de ese hombre —repuso más tarde el teniente—. Aparentemente no tiene más relación en el asunto, como él mismo me ha dicho, que la de ser médico de cabecera de Patrick Blair y el haberla asistido la noche de la pesadilla, sueño, visión... o lo que diablos fuera.

Regresó el camarero con los combinados.

Bebieron unos sorbos, se miraron a los ojos, y preguntó ella:

—¿Hipótesis?

—Pueden formarse muchas. Unas más lógicas que otras. Existen muchos detalles desconcertantes que no acaban de encajar en el rompecabezas. Háblame del subconsciente, doctora.

Era la tercera vez que Milton insistía en lo mismo. Respondió la muchacha mientras hacía girar el cristal entre sus manos:

—En su pura acepción literal, te diré que es aquello que no llega a ser consciente. Parte de lo olvidado que tiende a presentarse a la conciencia clara y puede influir en la conducta del ser humano. De una forma igualmente técnica pero más concreta, puede definirse el subconsciente o la subconsciencia, como un estado inferior de la conciencia en el que, debido a lo poco intenso o duradero de las percepciones, no se da cuenta de ellas el sujeto. En resumen, teniente, es un conjunto de fenómenos síquicos por debajo del nivel que en el ser humano desarrolla la consciencia.

Milton pareció meditar largamente aquellas explicaciones.

—Supongamos —dijo al cabo de unos minutos— que una persona tiene la convicción de que puede invocarse el espíritu de los muertos. Que piensa en ello pero que su consciente le dice y demuestra que es imposible. Que los espíritus no regresan. ¿Crees que el poder del subconsciente puede empujarle a cometer una serie de crímenes para demostrarle al consciente que sí es posible la invocación?

—Lo creo. Puede tratarse de un sicópata, de un monomaniaco. Sin embargo, me inclino a pensar que se trata de un cerebro retorcido que intenta especular con el miedo, amén del dinero y la ignorancia, de mujeres como Nora Davis y Patricia Blair.

—No —cabeceó Milton rotundamente—. Es una posibilidad que

he descartado.

—¿Por qué?

—Sencillo. Porque la persona que ha creado ese fabuloso espectáculo de morbosidad ha invertido en él una respetable suma. Voy a ponerte una comparación: viene a ser lo mismo que montar el decorado de una película de Terror y suspense. Esa casa que existe y no existe demuestra que ha sido montada y desmontada. El alucinante sueño de Patricia Blair y lo que luego ella y Nora Davis vieron en el misterioso caserón, obedece a un perfecto montaje cinematográfico. Mucho efecto óptico y una perfecta sincronización de movimientos. No, Magali, no. Esa persona no busca dinero, puesto que demuestra tener mucho. Exigirles a esas mujeres mil dólares por sesión forma parte de su plan para despistar a la policía. Yo creo más en el monomaniaco de que me has hablado. En un ser obsesionado por conseguir y demostrar que lo que imagina puede ser real aunque sabe que no lo es.

—Muy complicado.

—El cerebro humano lo es y tú lo sabes. Tendré que meditar mucho para resolver este asunto con éxito. No es un caso que pueda solucionarse con interrogatorios ni tampoco acudiendo a los hampones de siempre en busca de confidencias. Es una operación desligada de los habituales del delito, aunque no olvido la posibilidad de que intervengan en él algunas asesinos a sueldo.

—Busca por ahí.

—Será inútil. Tengo la completa certeza de que ninguno de ellos conoce la identidad de la persona que les da las órdenes.

—Un cerebro incógnita.

—Tú lo has dicho, doctora —asintió Milton. Y de repente, en uno de aquellos bruscos cambios que Milton Parker solía dar a sus conversaciones, inquirió—: ¿Quieres que te hable de amor?

Magali Steel sonrió tenuemente.

—Si ello ha de ser una válvula de escape a tus preocupaciones, háblame de amor.

Pero no tuvo tiempo de hacerlo el teniente del Psychologic Department.

Porque en aquél justó instante se retiraron las escasas parejas que bailaban en la pista y el *speaker* anunció con frases altisonantes la actuación de Paola Cossens.

Según él, la extraordinaria estrella de la canción melódica moderna.

Segundos después, el foco multicolor bañó la escultural silueta de la mujer que descendía por la rampa, con lento y estudiado contoneo, hacia el centro de la pista.

Hubo aplausos y algún que otro silbido de admiración.

Tomó Paola el micrófono y anunció lánguidamente:

—Es un honor actuar de nuevo para ustedes. Se cumple hoy exactamente un año desde mi presentación en «Kasbah Club» y también en América. Por ello, con mi afecto y cariño hacia ustedes, quiero ofrecerles la misma melodía con que aquí debuté... ¡«El humo ciega tus ojos»!

Sonaron más aplausos.

Atacó la orquesta las primeras notas y enseguida entró la voz cálida, suave y melódica de Paola Cossens.

«Tú... eres para mí, el más puro amor...»

Y su cuerpo delicioso agitábase tenuemente al compás de la música.

—¡Fabulosa! —exclamó uno.

Magali Steel miró a Milton Parker. Le preguntó:

—¿De veras fabulosa?

—Cuestión de criterios. Nada se ha escrito sobre gustos. Sería descortés opinar de una mujer delante de otra, y menos delante de la que uno ama aunque ella se burle.

Cuando Paola Cossens concluyó su actuación, la salva de aplausos que la despidió fue unánime y clamorosa.

De antología.

Como ella.

—¿Bailamos? —inquirió Milton.

—Bailamos —respondió Magali.

Paola Cossens se internó en un camerino retorciendo su cuerpo cimbreño para bajar la cremallera que desde la cintura subía por su espalda hasta el cuello del vestido.

—Por favor, señorita Cossens, no se desnude. Soy un hombre muy impresionable.

Se revolvió ella como una tigresa.

—¿Quién es usted?

Era un muchacho joven, de rostro aniñado y sonrisa burlona.

Bastante alto y delgado.

—Soy un tipo —respondió displicente— empeñado en acusarla de homicidio, señorita Cossens. ¡Ah!, no vaya a decirme que se sorprende Tampoco que no sabe de qué le hablo. Son frases gastadas en las novelas. Ni está sorprendida, y sabe perfectamente a lo que me refiero. Kent Davis era un estupendo ejemplar masculino al que le descerrajaron dos balazos en mitad del pecho... Usted lo hizo, señorita Cossens, y al que luego le cortaron la cabeza. ¿Para qué, amiga Paola? ¿Quizá para hacer luego sesiones de espiritismo?

La mujer estaba lívida inmóvil. Clavados sus ojos en la figura burlona del tipo alto y delgado.

—¿Por qué no ha ido a contárselo a la policía, si tan seguro está de lo que dice? —inquirió ella con voz ronca.

Amplió el muchacho su sonrisa.

—Obvio, Paola Porque la policía se limitará a felicitarme y darme las gracias Sólo acudiré a ella en caso de que usted no se muestre comprensiva.

—¿Qué entiende usted por comprensiva?

—Pues... entiendo veinticinco mil dólares.

Paola se congestionó.

—¡Imbécil!

—En sus labios hasta los insultos son agradables, señorita. ¿Le conviene el precio o me largo a buscar la felicitación de la «bofia»?

—No puede probar nada.

Ahora, soltó el hombre una carcajada sonora.

—¿De veras? En cuanto la policía le eche las zarpas al eunuco ese que «tira» de alfanje como yo de navaja de afeitar, se dará usted cuenta de que eso de la impasibilidad oriental es puro camelo. Le harán cantar hasta ópera. ¿Lo duda, señorita Cossens?

—¡Yo no soy un eunuco! —exclamó una voz sádica a espaldas del muchacho.

Saltó éste con felina agilidad escapando por milímetros al mortal hachazo que Alí dirigía sobre su cabeza.

Chocó la hoja de acero contra el suelo con macabro tintineo.

Corrió el joven hacia la puerta, convencido de su impotencia física ante aquel mastodonte oriental.

Había conseguido abrirla cuando Alí, saltando con una elasticidad impropia en tipos de su peso, accionó su mortal alfanje

descargando un golpe terrible contra la espalda del muchacho.

—¡Aggg!

Casi lo había partido en dos.

Un torrente de sangre brotaba por 3a espalda del hombre cual fluida catarata que nacía en la horrorosa herida.

Aun así, en un esfuerzo inconcebible de resistencia humana, el herido caminó pasillo adelante dejando tras él un reguero de viscoso líquido.

Trató Alí de seguirlo, pero le detuvo la voz de Paola:

—¡Quieto!

—Sí, ama.

—¿No ves que está muerto? ¡Regresa a tu puesto inmediatamente!

—Sí, ama.

—¡Santo cielo! —exclamó una voz.

—¡Ahhh! —gritó otra.

Acto seguido, un aullido histérico rompió el hechizo que flotaba en el ambiente del «Kasbah Club».

Milton Parker casi dio un brinco.

Velozmente escapó a los brazos de Magali para correr hacia el arco que se abría al final del mostrador y cerca del cual había sonado los gritos.

Un grupo de hombres se arremolinaba allí, mientras otros apartaban prudentemente a las mujeres.

Milton empujó a uno que estaba en medio.

—¡Apártense! —dijo mostrando su credencial.

—Es policía —murmuró alguien.

Parker se inclinó hacia el cuerpo que estaba tendido de bruces mostrando el infernal tajo que no cesaba de sangrar.

Estaba muerto. De eso, ¡qué duda cabía!

—Que nadie se acerque —dijo Milton en voz alta.

Y mirando a la pareja de camareros que asomaban sus rostros asombrados por encima del mostrador, les indicó:

—¡Avisen a la Brigada de Homicidios!

Uno de los barmen se puso rápidamente en movimiento.

Magali habíase acercado a Milton.

Se llevó ambas manos a la garganta. El policía se volvió hacia ella, diciéndole:

—Que te llamen un taxi y regresa a casa.

—Milton, creo...

—Te ruego que obedezcas.

La muchacha no replicó.

Como era lógico, poco tardó Milton Parker en percatarse del reguero de sangre que marcaba el camino seguido por la víctima.

Se metió por el pasillo.

Encontró la primera mancha de sangre muy cerca de una de las puertas que se abrían al corredor.

Llamó sin obtener respuesta.

Reclamó la presencia del encargado, que no tardó en aparecer.

—¿Qué hay ahí dentro? —le preguntó a boca de jarro.

El encargado, un tipo enjuto y estirado, respondió lacónico:

—El camerino de la señorita Cossens.

—¿Dónde está ella ahora?

—Pues..., no sé, teniente. Suele retirarse enseguida de terminar su actuación.

—¿Sabe su domicilio?

—Tendré que buscarlo.

—Hágalo inmediatamente.

Milton regresó de nuevo a la sala seguido por los ojos de la asustada concurrencia.

Advirtió autoritario:

—Nadie podrá salir de aquí hasta que llegue la policía.

Uno, descontento por la orden, exclamó:

—¡Ya estamos en las de siempre! Esos tipos de la «placa» se creen los amos del mundo.

Milton, que por un instante parecía haber perdido el habitual dominio de sus nervios y emociones, se plantó frente al protestón.

—Procure no hacer demasiados comentarios, amigo. Por lo menos puede dormir una temporada en el calabozo.

Al tipo se le demudó el rostro.

Entretanto, Milton caminó en largas zancadas hacia la puerta. Vio al enorme portero que seguía sin alterar su expresión hierática.

Le metió la credencial debajo de las fauces al tiempo que le preguntaba:

—¿Cuál es tu nombre?

Los ojos del oriental se contrajeron fugazmente.

—Alí, señor.

—Muéstrame ese alfanje que llevas colgando del cinto.

—Enseguida, señor.

Alí, con pasivos movimientos, extrajo el arma de la vistosa funda multicolor.

¡La hoja... era de cartón cuero!

Tan sólo la empuñadura respondía con visos de autenticidad a lo que solían ser aquella clase de anticuadas «herramientas».

—Buena coartada, ¿eh?

—No entiendo, señor.

Milton le miró con fijeza.

—¿Has abandonado tu puesto en algún momento?

—Para nada, señor.

—Correcto. Me encargaré luego de que la policía tome tus datos, Alí. Empiezas a interesarme mucho, amigo.

—No entiendo, señor.

—Procura no tener que entender..., procúralo.

El clamor de varias sirenas anunció la llegada de los revoltosos miembros de la Brigada de Homicidios.

El capitán Boone se sorprendió alegremente al tropezarse con su ex subordinado.

—¡Vaya, si es el policía cerebral!

—Déjate de bromas, capitán. Ahí dentro tienes «trabajo».

Milton resumió lo sucedido.

—No está bien asesinar de un modo tan brutal en un sitio distinguido como «Kasbah Club». ¿Eh, teniente?

—Este asunto, Boone, puede que esté relacionado con el caso que investigo en la actualidad. ¿Recuerdas el asesinato de Russell Blair?

—¡Digo si lo recuerdo! ¿No viniste tú conmigo?

—Exacto. Pues el caso Blair también tiene que ver con esto.

—¡Menudo lío! Bueno, ¿qué puedo hacer por ti?

—Encárgate de «apretar» bien al portero del local. ¡Ah!, y de momento, puedes solicitar una orden de detención contra Paola Cossens bajo el cargo de homicidio.

—¡Despacio, teniente, despacio! ¿Estás hablando de la cantante del «Kasbah Club»?

—La misma, capitán. Todas las profesiones son compatibles con

el crimen, ¿lo recuerdas?

Eran palabras del propio capitán Boone.

Un individuo se acercó corriendo, en aquel instante, hacia los dos hombres.

—¡Milton! —exclamó.

Parker se volvió hacia él.

Se trataba de Rod Blochner, sargento del Psychologic Department.

—¿Qué ocurre, Rod?

Traía el otro la respiración agitada.

—¡Patricia Blair y Nora Davis han sido sacadas de sus domicilios por dos individuos que se han fingido policías de nuestro Departamento!

Milton contrajo el semblante.

—¿No las habéis seguido?

—Sí..., sí, Milton. Pero han conseguido despistarnos a la altura del Everglades National Park.

—¡Voy contigo, Rod! —exclamó Parker—. Aguarda un minuto. —Y encarándose con el capitán de la Brigada de Homicidios, le dijo—. Pásame un informe completo del caso.

—Lo tendrás a primera hora de la mañana en tu oficina.

Se despidió Milton, y fue entonces, al torcer la cabeza, cuando se percató de la presencia de un rostro, en las últimas mesas del salón, que le era conocido.

El del doctor Harold Watt.

—Un momento, Rod —habló mientras caminaba hacia el médico. Y saludó, al llegar junto a la mesa—: ¡Buenas noches, doctor Watt! ¿Lo ve? Ya decía yo que no tardaríamos en vernos. ¿Puede decirme a qué ha venido?

Harold Watt miró furiosamente al policía.

—No es acto constitutivo de delito alguno que un ciudadano libre decida pasar la velada en un club. ¿Puede acusarme de algo?

—Quizá de homicidio, doctor Watt.

—¡No le tolero...!

El capitán Boone, que había seguido a Milton con la mirada, se acercó a la mesa justo a tiempo de escuchar la exclamación del médico.

—¡Sin levantar la voz, amigo! —Tralló con dureza—. Aquí sólo

gritamos nosotros. ¿Quién es este pájaro, Milton?

—Sé más respetuoso, capitán. Se trata del doctor Harold Watt. Médico de cabecera de la señora Blair.

—¿La esposa de Russell...?

—Exacto, capitán. El doctor Watt, además de un virtuoso de la medicina, puesto que en su consultorio se da cita la mejor sociedad de Miami, tiene una especial predisposición para involucrarse, casualmente si lo escuchas a él, en asuntos confusos. Por ejemplo..., se comete un crimen en el «Kasbah Club», y he ahí que nos tropezamos con el doctor Watt.

El médico, más que encendido, incendiado su rostro, se puso en pie con trémulo nerviosismo.

—¡Le juro que...! —gritó.

—¡Cállese! —ordenó Boone violentamente—. Le prevengo, doctor Watt, que si sigue alzando la voz voy a detenerle. ¿Entendido?

Harold Watt se hundió en la silla.

—Pon un cuidado especial al interrogarle, capitán. ¿Comprendes?

—Desde luego, desde luego, amigo Parker. Te garantizo que el doctor Watt me mostrará hasta una fotocopia de la fe de bautismo de su honorable abuelita. ¡Ve tranquilo, teniente!

El capitán Boone era el típico policía que respondía a la imagen que Parker le describiera a Nora Davis.

Corbata floja, cuello desabrochado y manos rápidas.

—¡En marcha, Rod! —Acució Parker al sargento—. Has dicho que habéis perdido la pista cerca de Everglades National Park, ¿no?

—Por los alrededores.

—Vamos para allá.

CAPÍTULO VIII

LAS FRONTERAS DEL HORROR

—Caminen hacia la casa.

Ambas mujeres se miraron fugazmente. Y una leyó en el rostro de la otra el pánico que debía expresar el suyo.

Eran unos parajes selváticos.

La frondosidad de los arbustos formaba sobre sus cabezas una bóveda tupida de verde ensamblaje que aislaba el lugar del resto de la tierra.

El suelo, húmedo y resbaladizo, absorbía los zapatos con su fango pegadizo haciendo el avance más dificultoso.

Las plantas alcanzaban inusitadas alturas y sus hojas, cual brillantes espejos, una amplitud poco común.

Los pasos, convertidos en un chapoteo agorero sobre la tierra blanda y resbaladiza, repetían invariablemente el monótono «¡chop!, ¡chop!», como si fueran notas arrancadas de un fúnebre instrumento.

Como preludio de una sonata maquiavélica.

Allí, como la vieran otra vez en distinto lugar, se alzaba la lúgubre construcción de madera.

El siniestro caserón.

Cantó un ave por entre los frondosos arbustos.

Sonó su triste trino como el quejido del ciprés al inclinar su tronco estático hacia los inmóviles yacentes cuyo eterno sueño... vela.

Gimió una madera.

—¡Ah! —exclamó Patricia Blair sin poder contenerse.

La puerta se estaba abriendo con tétrica lentitud.

Las dos mujeres se inmovilizaron.

—¡Sigán hacia dentro! —ordenó una voz a sus espaldas.

Un manto de viscosas tinieblas envolvió sus cuerpos trémulos al cruzar el umbral del siniestro caserón.

Un silencio helado parecía flotar en el ambiente.

—Caminen en línea recta.

Siguieron obedeciendo porque el mismo pánico que las dominaba les negaba toda fuerza para iniciar el más débil conato de rebeldía.

Silencio y oscuridad presidía el lento avance de las dos mujeres.

Como un fuego fatuo, nació una llama de luz rojiza que iluminó fugazmente aquella estancia conocida.

Con su mesa de mantel negro.

Pero sin libro.

Sin el misterioso cuerpo enlutado que dormitaba sobre ella para invocar a los espíritus.

Sin los cuatro cirios.

—Es horrible —musitó Patricia.

—Estoy aterrada —repuso Nora con un hilo de voz.

De repente, el espeso silencio viose taladrado por un alarido bestial, espeluznante:

—¡Aaaaah! ¡Noooo! ¡No me cortes la cabeza! ¡Noooo!

Ambas mujeres se abrazaron entre sí percibiendo sus mutuos estremecimientos.

Brilló una luz. Oyóse un nuevo grito. Infrahumano.

Bruscamente, pareció que una nube de llameante fuego nacía al fondo de la estancia.

Y recortándose contra las llamas ardientes...

—¡Dios santo, ayúdanos! —murmuró Nora Davis enfebrecida.

Recortándose con crueldad contra las llamas, la figura de un ser sin cabeza que alzaba una espada descomunal para cortar la cabeza de otro ser.

—¡Noooo! —Fue Patricia Blair quien lanzó ahora el alarido.

La espada iba descendiendo..., las llamas se elevaban cada vez más..., el hombre trataba de escapar a la muerte cruel...

Cayó la espada.

¡Rodó por el suelo, perdiéndose entre las llamas, la cabeza del otro!

El que cortara la cabeza agitaba, los brazos frenéticamente.

—¡Nooo! ¡No puede...! —Patricia rodó en tierra fulminada.

Nora Davis, viéndose sola, comprendió que su terror crecía. Aumentaba y la oprimía como una garra monstruosa.

—¡Nora..., estoy aquí!

Giró enloquecida, buscando la voz.

—¡Aaaah!

Cuatro cirios.

Entre ellos un ataúd del que se alzaba un cuerpo...

¡Decapitado!

Llevando en su mano derecha, asida por los cabellos, colgando como péndulo de un macabro reloj de leyenda...

¡La cabeza de Kent Davis!

Nora dio un paso atrás... Otro.

Pero el hombre que había surgido del ataúd seguía avanzando hacia ella.

Comprendió que iba a enloquecer.

Que no tenía fuerzas ni para gritar.

¡Que estaba cruzando las fronteras del horror!

—¡Nora, mírame! Llevo mi cabeza..., la cabeza que me cortaron, en la mano. ¿La ves?

—Sí.

Nora Davis, girando dentro de aquel mundo espectral, alucinante, cual una peonza humana impulsada por la mano del diablo, vio cómo el decapitado iba alzando lentamente la cabeza..., cómo la iba acercando a sus ojos...

—¡Nooo! ¡Kent, no lo hagas! ¡Kent...! ¡No lo hagas!

Retrocedía.

Con los ojos inyectados en sangre y al borde de las órbitas.

Chocó su espalda contra la pared.

Al contacto de la madera su cuerpo pareció sacudirse cual si hubiera recibido una descarga eléctrica.

Sin exhalar un gemido se dobló en el suelo.

Tras un lapso de mortal silencio, dijo una voz:

—¡Ha sido una exhibición fantástica! Preparaos desmontar la casa en cuanto las hayamos sacado.

—Enseguida, Paola.

CAPÍTULO IX

ESA VOZ... QUE HABLA

Harold Watt consultó la esfera de su reloj.

—¡Las cinco de la madrugada!

Y menos mal que no habían podido formularle ninguna acusación concreta. De haber sido así, tenía la seguridad de que como mal menor lo hubieran metido entre rejas.

¡La llamada de una tal Nora Davis!

Por eso había acudido al «Kasbah Club» siguiendo, inconsciente, los manejos del retorcido criminal que lo estaba empleando como víctima propiciatoria de sus fechorías.

Pero él había atado cabos con mayor rapidez que aquél estúpido teniente de la policía sicológica, ¡o como cuernos se llamara!

—¡Caro me lo va a pagar! —Monologó mientras metía la llave en la cerradura.

Caminó a oscuras por el pasillo en dirección a su despacho.

Encendió la lámpara de sobremesa y alcanzó el auricular del teléfono.

—¿A quién llama, doctor Watt?

El dedo que se disponía a girar el dial quedó inmóvil.

—¿Quién está ahí?

El cono de luz que arrojaba la lámpara quedaba centrado sobre la mesa y dejaba el resto de la estancia en oscura penumbra.

—Alguien que ha recibido la orden de matarlo, doctor.

Se percibió un lento taconeo femenino.

—¡Maldito juego! —exclamó Watt, precipitándose hacia el cajón central de su mesa.

—Me he tomado la libertad de guardar su pistola, doctor — anunció la mujer con siniestra ironía.

Y se dejó ver dentro del campo luminoso.

—¡Usted!... —exclamó el médico al ver su rostro—. Pero ¿no es la cantante del «Kasbah Club»?

—Paola Cossens, doctor. Para servirle y matarle. ¿Alguna última voluntad?

—¿Se ha vuelto loca, Paola? ¿Qué la impulsa a cometer este crimen absurdo? Usted y yo jamás nos hemos visto, ¿qué tiene contra mí?

—Nada, doctor. Ni contra usted ni contra nadie. Me pagan y cumplo órdenes.

—Al hecho de asesinar..., ¿le llama usted cumplir órdenes?

—Yo sí, amigo Watt. Pero ¿no quiere decirme a quién iba a llamar?

—A su jefe.

Paola Cossens soltó una carcajada burlona.

No lo conoce nadie.

—Pero yo sospecho su identidad.

—¡Iluso! ¿Qué pretende? ¿Ganar tiempo?

—Déjeme hacer la llamada y...

—¡Alí!

—Sí, ama.

Dentro del campo visual de Harold Watt apareció lea enorme figura del oriental que pocas horas antes había visto en la entrada del «Kasbah Club».

Enarbolando su siniestro alfanje.

—¡No!

El auricular escapó de la mano del médico.

El oriental dio un salto. Plantóse al otro lado de la mesa y descargó desde allí un golpe mortal.

—¡Destrózalo, Alí!

Brincó Watt.

Y aunque zafó la cabeza al contundente hachazo, no pudo evitar que la afilada hoja se hundiera en su hombro.

—¡Aaaah!

Trastabilló.

Y entonces Alf, a placer, con ojos brillantes y sádica expresión

machacó metódicamente el cuerpo de Harold Watt.

Horrorosamente mutilado, el médico se repartió en pedazos sobre el inmenso lago que formaba su propia sangre.

—Ya está, ama —jadeó el asesino.

Y en aquel momento brillaron dos fogonazos.

Sonaron al unísono un par de detonaciones.

Alí, alcanzado en mitad del corazón por los proyectiles que inesperadamente habían taladrado su pedio, alzó ambos brazos.

Escapó de su mano el mortal alfanje, tintineando siniestramente.

Y el choque de aquella mole al caer al suelo, aplastado bajo su peso los restos de Harold Watt, fue espeluznante.

—¡Alí..., Alí! —gritó Paola Cossens, aturdida.

Luego, al reaccionar, giró la cabeza con rapidez.

—¡Usted! ¡No, no es posible!

Y clavó sus ojos con fijeza hipnótica en la persona que empuñaba firmemente un humeante revólver.

—Sí, Paola. Yo soy esa voz... que habla. La que tú has escuchado y obedecido durante mucho tiempo. Pero todo ha terminado ahora, muñeca.

—¿Por qué?

Una risita seca, metálica, cruel.

—Porque la policía empieza a correr demasiado... y eso es peligroso. Una vez muerta tú, todo habrá terminado.

—Pero..., ¿por qué? Yo no te conocía, ni tan siquiera sospechaba tu identidad, la policía no puede llegar a ti, por medio de mí.

—Ahora me conoces, Paola.

—¡Seguiré callando, te lo juro!

—No, mi pequeña. Ya es tarde.

Paola Sossens, cantante, perversa, asesina y mujer, cayó de rodillas suplicando por su vidas.

—¡No me mates! ¡Déjame vivir..., no me mates!

De rodillas recibió la muerte.

Pero apenas pudo darse cuenta de que abandonaba el mundo al que tanto mal había ofrecido.

El proyectil se incrustó en su entrecejo enviándola hacia atrás.

—¡Ya nadie invocará vuestros espíritus... muertos! —exclamó la misteriosa voz.

CAPÍTULO X

DOTES DEDUCTIVAS, ¡LA MEJOR ARMA!

—No hay rastro, teniente.

Milton Parker apretó los puños con rabia.

—No, Milton, no lo hay —corroboró el sargento Rod Blochner—. Ni del auto ni tampoco de pisadas. Llevamos cerca de tres horas recorriendo esta zona y no hemos conseguido nada...

—Sí, Rod, lo sé. ¡Estamos perdiendo el tiempo! Oye, ¿cómo supiste que los tipos que se las llevaron han fingido ser policías de nuestro departamento?

—Mientras Tounderl seguía al coche —explicó el sargento—, yo entré a interrogar a la servidumbre de Nora Davis. El mayordomo me lo explicó. Imagino que en el caso de Patricia Blair ha sucedido lo mismo.

—Yo esperaba algo de esto —musitó Parker—. Imaginaba que habrían de urdir una treta para sacarlas de sus domicilios sin que tuvieran tiempo de avisarme, por eso precisamente las hice vigilar. Pero ni aun así hemos tenido suerte.

—¿Qué piensas hacer ahora, Milton?

—Regresar al departamento.

—¿Por qué no vamos a interrogarlas? —inquirió Rod Blochner—. Es posible que a estas horas ya las han regresado.

Milton Parker rechazó la sugerencia con un cabezazo negativo.

—No, Rod. No haremos nada de eso. Les advertí a Patricia y Nora que se pusiesen en contacto conmigo...

—¡No han podido hacerlo ahora. Mitón! Tú mismo lo reconoces.

—Exacto. Pero después, sí deben comunicarme lo ocurrido.

—Es lógico que lo hagan, puesto que han de enterarse de que la servidumbre fue interrogada luego de salir ellas con los falsos policías.

—Esperaré —insistió el teniente.

Rod miró a su amigo y superior con sonrisa afable.

—Milton..., ¿te sientes cansado? Lo comprendo. Llevas muchos días trabajando duro. ¿Por qué no te tomas unas pequeñas vacaciones?

—No hasta que termine este asunto.

—Bien...

—Voy a volver al departamento, Rod. Vosotros retiraos a descansar.

—¿Quieres que vaya contigo, Milton?

Parker palmeó afectuosamente los hombros del sargento.

—No, muchacho. No es necesario. Ve a descansar, que mañana habrá tarea para ti.

—Correcto. Buenas noches, teniente.

Media hora después, Milton Parker entraba en su despacho del Psychologic Department.

Lo hizo con la cabeza inclinada y el rostro sombrío.

Sin embargo, no había un gesto hosco en su expresión, al tampoco un rictus de malhumor.

Abatimiento, quizá sí lo había.

No había apenas alzado la cabeza cuando sus ojos tropezaron con la figura que estaba tendida en el diván que ocupaba casi toda la pared izquierda.

Magali Steel.

Se había dormido, esperándole. ¿Por qué?

La falda, ligeramente subida y un tanto arrugada por la posición, permitía contemplar buena parte de los bien formados muslos de la muchacha.

Milton apartó la mirada cual si cometiera un sacrilegio.

Pasó tras la mesa y tomó asiento sin despertarla.

—¿Por qué, Magali? —musitó tenuemente.

Y luego clamó para sí:

—¡Soy un fracasado!

—No, Milton, no lo eres —susurró la voz de Magali.

—¡Eh, doctora! ¿No dormías?

—Me has despertado al entrar, teniente.

—¿Por qué no has ido a tu casa como te he dicho?

—He preferido esperarte.

—¿Por qué?

Sonrió ella con su proverbial encanto.

—Quizá porque suponía que regresarías abatido.

—Trato de pensar, doctora. Y no lo consigo. Soy policía por vocación y vine al Psychologic convencido de que era éste mi lugar. No he sido jamás partidario de resolver los casos por la violencia, excepto cuando no ha existido otro remedio. Pero ahora, después de todo esto, me doy cuenta que no soy policía de acción ni tampoco cerebral. ¿Qué hago aquí, Magali?

—Confieso que nunca te había visto así, teniente.

—Cada hombre se da cuenta una vez en su vida de que ha fracasado. Luego, se empeña en olvidarlo. Eso me empieza a ocurrir a mí. Trato de olvidar el fracaso..., mi doble fracaso. Porque tampoco en el amor he sido afortunado.

Se hizo un largo silencio que se prolongó más allá de los cinco minutos.

Lo rompió Magali, bruscamente, para desgranar:

—Yo te quiero, Milton.

Parker soltó un respingo.

—No me compadezcas, doctora.

—Estoy enamorada de ti, teniente. Puede que desde el primer instante que nos vimos. He tratado de luchar contra eso... pero esta noche en el «Kasbah Club» me has vencido.

Saltó ella del diván.

Pero no tuvo tiempo de incorporarse porque los brazos de Milton la alzaron suave y virilmente.

Buscó él, ansioso, la dulce boca de la mujer.

—¡Eh, familia! ¿Estorbo?

¿Cuánto había durado aquel ósculo vehemente, tanto tiempo deseado?

Magali lo ignoraba. Milton no lo sabía.

Quizá el capitán Boone M podía decir el tiempo que había tardado en decidirse a interrumpir las efusivas caricias que se ofrecían mutuamente hombre y mujer.

—Pues... casi estorbabas —sonrió Milton.

—¡Felicidades, doctora! —tronó Boone con su habitual desenfado—. Sabía que usted terminaría cazándolo.

—¿Qué hay de nuevo, capitán? —inquirió Milton para evitar que ella siguiera sofocándose.

—¡Estira las orejas, polizonte barato! Ahora vas a enterarte de cómo trabajamos los de Homicidios.

—Tengo referencias —ironizó Parker.

—Si, ¿eh? Guasitas encima. Ese que estropearon en el «Kasbah Club» se llamaba Philip Ryan. Detective privado. Hace un mes fue contratado por Nora Davis para seguir a su esposo del que, según ella, sospechaba ciertas infidelidades. Que se traducen en forma de mujer y lleva por nombre Paola Cossens. De la cual, sea dicho de paso, no hemos encontrado ni rastro.

—Muerto Kent Davis, ¿qué diablos investigaba Ryan?

—No he podido preguntárselo.

—Muy ocurrenente.

El capitán Boone soltó un manotazo sobre la mesa.

—A tu amigo el doctor Watt he tenido que soltarle hace unos minutos ya que no podía formularle una acusación concreta. Pero me ha contado una cosa muy interesante.

—¿De veras?

Boone enarcó las cejas.

—De veras, teniente. ¿Sabes por qué ha ido esta noche al «Kasbah»?

—No. No quiso decírmelo cuando se lo pregunté. Pero ya veo que tú eres mucho más persuasivo.

—Sin dudas —se jactó el capitán—. Harold Watt recibió esta tarde una llamada telefónica de Nora Davis. Ella le citó en el «Kasbah» a las once, para hablar de ciertos asuntos de espiritismo, diciéndole que el asunto estaba relacionado con la visita que tú le habías efectuado.

—¡Pero...! —exclamó Milton—. ¿Cómo es posible? Nora y Harold no se conocían de nada.

—En efecto —asintió Boone—. Y lo bueno del caso es que Watt, cuando lo he soltado, ha dicho, entre otras barbaridades, que él iba a enseñarnos a trabajar. ¡Si será imbécil el tío!

Milton Parker se puso en pie lentamente. Dio una serie de paseos por la estancia, completamente abstraído en sus pensamientos.

Como si estuviera solo.

—¡Dotes deductivas! —murmuró para sí—. Es nuestra mejor arma, muchachos. Sí, eso decía el profesor Byrnes. ¡Y tenía mucha razón! Dotes deductivas...

Boone, asombrado, boquiabierto, miró a Magali interrogándola con la mirada.

—¡Eh, doctora! ¿Qué le pasa a ese tipo? ¿Se nos vuelve majareta!

—¡Está tan claro..., tan diáfano..., tan cristalino! —seguía musitando Milton Parker con ojos brillantes y completamente ajeno a cuanto le rodeaba. Y añadía con expresión febril—. ¿Cómo no he sabido verlo? ¿Cómo no?

—¡Milton! —tronó el capitán—. ¿Te has propuesto que terminemos todos como chivas? ¿Qué demonios estás diciendo?

Pareció que el teniente regresaba al mundo.

—¡Vamos al domicilio de Harold Watt! —gritó de repente.

—¡Eh..., pero qué te pasa! ¿Qué piensas encontrar allí?

Un silencio.

—Tres cadáveres.

—¡Qué! —barbotó el irascible Boone—. ¿Tres cadáveres?

—Eso he dicho, capitán. El de un oriental llamado Alí, el de una mujer llamada Paola Cossens y el de un médico llamado Harold Watt.

—Entonces —intervino Magali—, ¿era Watt...?

—No, doctora. No era Watt. El doctor ha servido de instrumento..., de carnada. Ha sido mucha la que este demoníaco asesino espiritista me ha echado a las narices. Y yo, a punto he estado de tragarla como un perro.

—¡Oye, genio! ¿Quieres decir que ya sabes quién es?

—Sí, capitán Boone —le atajó Milton—. Ya sé quién es el cerebro rector de este juego maquiavélico de cabezas cercenadas, crímenes y espíritus resucitados.

—¿Quién? —inquirió Boone.

—¿Quién? —preguntó a su vez Magali.

Nada les dijo Parker. Ni tampoco después de abandonar el apartamento del doctor Watt y haber encontrado, con la consiguiente sorpresa por parte de Boone y Magali los tres cadáveres que Milton había vaticinado.

Ya en el coche, dijo el teniente a la doctora Steel:

—Necesito un pianista.

A Boone se le saltaban los ojos de las cuencas.

—¿Un pianista? —balbució.

—¿Un pianista? —repitió la muchacha, asombrada hasta el límite.

—Han oído ustedes bien —pronunció Milton con ironía—. He dicho un pianista. Y hay que encontrarlo pronto. Son las seis de la mañana y no tardará en lucir el sol.

—Bueno —suspiró Magali—, yo conozco uno.

—Quiero un pianista de verdad, doctora.

—Éste lo es, teniente.

—¿Por qué no me buscáis un beatle a mí? —inquirió Boone, sin saber él mismo si hablaba en serio o en broma.

—Capitán —apuntó lentamente Milton Parker—. Se te avecina la sorpresa más grande que hayas recibido en todos tus años de polizonte.

Silencio.

CAPÍTULO XI

LO INESPERADO

Ha vuelto a nacer ese mundo misterioso donde las tinieblas se retuercen en densas espirales de impenetrable oscuridad.

Un mundo que carece de sentidos.

Y la mente rueda por él cabalgando sobre una nube de sueño. El subconsciente está despierto.

Víctima de una tensión dolorosa.

Viviendo un sufrimiento que todavía no ha empezado.

En una mano está la vida de ese sufrir presentido.

Los dedos cabalgan por encima de los nacarinos dientes de un brillante instrumento.

Vibran todas las teclas de una forma rápida, pero muy suave.

Hay una interrupción.

Una tecla se clava en el silencio y muere en él hasta que nace el canto de su gemela.

Otra interrupción.

Bruscamente, la mano se agita en el aire. Surge otra a su lado. Y ambas, en rápido frenesí, trotan por el teclado dando vida al tema central de la melodía.

A cada silencio sigue una nota violenta.

Y de nuevo las manos surcan veloces el impoluto marfil arrancando un clamor pasional, veloz, casi estridente.

Una vorágine de ruidos estalla dentro del mundo desconocido martirizando al subconsciente que esperaba sufrir.

Las manos siguen su alocado galope.

Despierta la mente al tiempo que enmudece el instrumento.

—¡Ah!

Un grito de sobresalto.

Pero..., los oídos desorbitados no encuentran la espectral visión que aguardaban.

—¿Qué ha sucedido?

Suena una voz. Clara. Inflexible. Dura.

—¿Cuál es la melodía que ha escuchado su subconsciente... señora Patricia Blair?

Instintivamente, aprieta el camisón contra su pecho.

Ve el piano y al hombre sentado a él. Y de pie, con el índice apuntando hacia ella, el imperturbable fiscal que repite la pregunta:

—¿Cuál es la melodía que ha escuchado su subconsciente... señora Patricia Blair?

No. No es un sueño. Ni tampoco una visión.

Parpadea y vuelve al fin a la realidad.

—¡Teniente Parker! ¿Qué significa esto?

Milton Parker sonrió duramente.

—Por dos veces le he formulado la misma pregunta, señora Blair. ¿Cuál es el título de la melodía que el maestro Baldrich ha interpretado para usted?

—No..., no comprendo, teniente. ¿Por qué ha hecho esto?

—Responda a mi pregunta, señora Blair.

Patricia Blair, viva imagen del estupor, tartamudeó:

—No puedo..., no he logrado captar las notas. En el momento de despertar es imposible...

—¿Cómo ha dicho? ¿Qué es imposible identificar la naturaleza de una melodía aunque se oigan las notas?

—Sí..., eso creo.

—Y entonces, señora Blair —siguió Milton Parker con los ojos brillantes—, ¿cómo consiguió identificar la Sonate Pathétique núm. 8 de Beethoven la otra noche... en el justo momento de despertar? ¿Cómo tenía la certeza de que escuchó los diez compases en grave de la introducción y de que había despertado en el momento de iniciarse el molto allegro e con brio del primer tiempo? ¿Cómo consiguió esa exactitud casi milimétrica aquella noche... y ahora no ha sido capaz de reconocer, una melómana como usted dice que es, los compases iniciales de la polonesa en la bemol mayor Heroica, de Federico Chopin? ¿No sería que la otra noche usted ya sabía la

pieza que iba a interpretarse?

Patricia Blair saltó de la cama.

—¡No..., no es cierto!

—¿De veras? Esto es el fin, Patricia Blair. Ha cometido usted demasiados errores. Y tan claros que casi no he sabido verlos.

—¡Miente..., miente! ¡No puede acusarme de nada!

La sonrisa de Milton Parker fue como una sentencia.

—Sí, Patricia Blair. Tengo de qué acusarla. De ser la instigadora del asesinato de su esposo y del de Kent Davis. De dar órdenes a Paola Cossens y su esbirro árabe de que asesinaran a un detective llamado Philip Ryan, a Harold Watt..., y concretamente la acuso de homicidio en primer grado en las personas de Paola Cossens y Alí. ¿De qué más quiere que la acuse, Patricia Blair?

La faz de la mujer habíase convertido en una máscara demoníaca.

—¡No tiene pruebas, maldito teniente!

—Las tengo..., las tengo. Quiso usted ser muy meticulosa y ahí nació su primer error. Una doctora en sicología me hablaba esta noche del subconsciente diciéndome que, debido a lo poco intenso o duradero de las percepciones..., no se da cuenta de ellas el sujeto. Sin embargo, usted me aseguró que había escuchado durante cinco minutos o más, dormida, los compases iniciales de la Sonate Pathétique. ¿No es así?

Antes de que respondiere. Milton se volvió hacia el hombre de edad avanzada que permanecía sentado frente al piano.

—Profesor Baldrich, ¿quiere decirle con la mayor exactitud posible, a la señora Blair, el tiempo que transcurre desde la introducción grave de diez compases en la Sonate Pathétique, hasta el cambio del primer tiempo con el molto allegro e con brio de 121 compases?

—Aproximadamente teniente Parker, dos minutos y doce segundos.

—Entonces, señora Blair —se volvió Milton—, ¿cómo es...?

Cortó en seco la pregunta.

Porque sus segundos de distracción los había aprovechado Patricia Blair para meter la mano en la mesita de noche y sacarla crinada de una negra automática.

Sonreía siniestramente.

—Siga, Parker..., siga con su pregunta. No me importa matarlo cinco minutos más tarde.

—Ya no hace falta acusarla de nada, Patricia. Usted se está declarando convicta y confesa.

Chispearon diabólicamente los ojos de la mujer.

—¡Sí..., yo lo planeé todo! ¡El imbécil de Russell se reía de mí cuando yo le hablaba de que se podían invocar los espíritus!... ¡Maldito, tan maldito como usted, se reía a carcajadas! Pero yo, yo hice regresar su espíritu, yo lo invoqué...

Baldrich inició un movimiento.

—¡Quieto! —Tralló la mujer.

Inmovilizóse el pianista. Y siguió ella:

—¡Se burlaba de mí..., pero lo mandé matar y le hice cortar la cabeza!

Se abrió la puerta violentamente.

—¡Suelte esa pistola, Patricia! —gritó el capitán Boone, penetrando en la estancia de un salto.

Se revolvió la mujer furiosamente, con los ojos inyectados en sangre.

—¡Muere, muere, maldito!

Gritó como una posesa a la vez que oprimía el gatillo.

Boone efectuó un plongeón no muy elegante pero sí efectivo, dando un giro sobre sí mismo al tiempo que disparaba su «38».

Un solo proyectil.

Que alcanzó a Patricia Blair en mitad de la garganta y la empujó violentamente contra la mesilla de noche.

Trastabilló, muerta ya, para desplomarse finalmente sobre la cama.

Boone enfundó su pistola. Tendió la mano a Milton Parker.

—Eres un gran policía, teniente.

Los verdosos ojos de Magalia Steel estaban clavados con manifiesta admiración en la figura de Milton Parker.

Y el mismo sentimiento expresaban las pupilas del capitán Boone, de la Brigada de Homicidios.

—Bien —dijo éste—, me parece que tienes muchas cosas que explicamos. ¿Qué te hizo sospechar de Patricia Blair, si las apariencias la presentaban como una víctima igual a Nora Davis de los pretendidos espiritistas?

Milton carraspeó.

—Debí haber sospechado de ella desde el momento en que me refirió su visión con tan cronométrica exactitud. Pero no fue así. La claridad se hizo en mi cerebro cuando tú dijiste que el doctor Watt había acudido al «Kasbah Club» obedeciendo a una llamada de Nora Davis, quien le citaba para tratar de asuntos relacionados con la visita que yo efectuara al doctor. Nora desconocía la existencia de Watt. Pero no Patricia, ya que ella misma me facilitó la dirección del médico. Por tanto... sólo Patricia Blair sabía que yo había visitado al médico.

—¿Por qué compuso esa mujer un laberinto de crímenes tan complicados? —quiso saber la doctora Steel.

—Patricia Blair era una monomaniaca obsesionada con el espiritismo. Russell, su esposo, es probable que se mofara con frecuencia de las teorías de ella. Eso fue motivo para que germinara una semilla de odio y unas ansias incontenibles de plasmar en una ficción real lo que Patricia sabía que no era real. Algo así como una introversión. Dinero no le faltaba para conseguir sus propósitos.

»Inició su proyecto poniéndose en contacto con una mujer ambiciosa llamada Paola Cossens que, desde su posición de cantante, controlaba un grupo de asesinos y al especialista en alfanje que conocimos por Alí. La primera víctima fue precisamente Russell Blair. Pero eso no satisfacía a Patricia. Ella necesitaba que otra persona participase de sus mismas emociones y sufrimientos. Y esta vez la víctima se llamó Kent Davis. Imagino que Paola hizo valer sus condiciones de hembra sensual para atraer a Kent Davis y hacérselo suyo (relaciones que Nora sospechó y fueron motivo de que contratara al detective Philip Ryan). Supongo asimismo que Paola consiguió hacerle grabar unas frases a Kent, las cuales, adaptadas en banda sonora a los efectos cinematográficos que preparaban en el caserón desmontable, contribuían altamente a conseguir una realidad mayor en el pretendido espíritu invocado.

Milton hizo un alto para encender un cigarrillo.

—Cuando yo empecé a investigar —siguió—, asociando de inmediato el crimen de Davis con el de Blair por sus similares características, Patricia comprendió que debía desviar mi atención ofreciéndome un presunto culpable y presentándose ella misma en plan de explotada víctima. De ahí que se hiciera montar en su

propia casa la teatral escena del sueño y visión que, tras el fingido desmayo, relató íntegramente a Watt para que luego yo, al saber que la llamada citándola para la sesión de espiritismo era posterior a la conversación de entrambos, centrara mi objetivo en el médico. Casi lo consiguió. Pero, en verdad, ése fue su primer error. Ya que, por ser una aficionada a la música clásica, quiso ofrecerme excesivos detalles acerca de la melodía escuchada en sueños. Detalles que su subconsciente, como pretendió hacerme creer, era imposible que hubiera captado..., como bien lo he demostrado esta madrugada con la ayuda del profesor Baldrich.

—¿Me dejas que tome notas para escribir una novela? —se burló cordialmente Boone.

—Pero no te describas tal como eres, orangután.

—Sigue, Milton —acució Magali, vivamente interesada en el relato.

—Por si Harold Watt no era el tipo ideal de sospechoso —prosiguió el teniente—, o por si yo no picaba el anzuelo, Patricia me preparó a Nora Davis con el mismo fin. ¿De qué forma? Cuando Nora fue citada telefónicamente para acudir a la sesión de espiritismo, en lugar de facilitársele la dirección exacta, se le dijo que aguardara en North Miami Beach, donde la recogería un coche negro.

—¿Por qué? —inquirió Boone.

—Porque querían asegurarse de que nadie la siguiera. Otro error de Patricia, ya que ordenó a Paola que cuando citara a la señora Blair (Paola ignoraba su verdadera identidad) le facilitara directamente las señas del lugar donde emplazarían el caserón. ¿Por qué esa diferencia de métodos si ambas estaban en idénticas circunstancias? Sencillo y muy rebuscado a la vez. Porque Patricia especulaba con la curiosidad de Eliot y Natalie. Porque había ordenado que Alí asesinara a Eliot y dejara a Natalie con vida. Así, la muchacha correría a comunicarse con la policía. Y cuando ésta acudiera al lugar del crimen se tropezaría por el camino con el coche que intencionadamente le habían dejado a Nora Davis. Es posible que Nora cometiese algún error, cosa que hizo, y ello la elevara a la candidatura da sospechosa.

—Parece imposible que todo eso pudiera pensarlo una mujer. Eh, teniente, ¿y Philip Ryan?

—No creo que la intromisión del detective estuviera prevista en los cálculos de Patricia. Ryan no tenía por qué seguir investigando una vez muerto Kent Davis. El asunto quedaba en manos nuestras.

—¿Qué buscaba entonces en el «Kasbah Club»?

—Debemos suponer que Ryan era un chico listo, demasiado listo, que intuyó algo de la verdad y quiso chantajear a Paola. Allí se encargó de él. Lo mismo que del doctor Watt, quien, intuyendo también la identidad de la persona que trataba de involucrarlo en su criminal empresa, podía constituir un peligro. Patricia, luego de la última sesión, ordenó a Paola que se cuidara personalmente del doctor Watt. Y la misma Patricia llegó en el instante preciso de eliminar a sus dos directos colaboradores segura de que así, nunca, nadie, podría llegar hasta ella.

Magali entreabrió los labios.

—Pregunta, doctora, pregunta —bromeó Milton, viendo la indecisión de ella—. Me siento como en una rueda de Prensa.

—¿Por qué les cortaron la cabeza a Davis y Blair?

—Para ponérsela a sus espíritus o para jugar maquiavélicamente con ellas, si era preciso, filmando secuencias de terror destinadas a impresionar a los invocantes.

—Jamás comprenderé —intervino Boone— el por qué la propia Patricia participaba en su juego siniestro de espíritus decapitados.

—La mente humana es hartó complicada, capitán Boone —dijo Milton con media sonrisa—. Pregúntale sobre eso a la doctora Steel, que ella sabrá responderte mejor que yo.

—Es complicada... —murmuró Magali—, retorcida, sicopática... o a veces muy sencilla.

—Como, por ejemplo, la de un teniente de la Psychologic Department, ¿eh, doctora?

—Puede...

—¡Yo me largo! —exclamó Boone, poniéndose en pie—. No me trago las escenitas tiernas ni cuando me las hace mi mujer.

Y salió de estampida.

—Doctora Steel...

—¿Sí, teniente Parker?

—¿No le parece que la sicología es muy aburrida?

—Me lo parece, teniente.

—¿No preferiría zurcir calcetines, confeccionar gruesos jerseys y

tener un par de muñecos rubios a quien cuidar?

Magali se puso en pie. Torció la roja boquita, abrió sus pupilas luminosas, miró fijamente al policía.

Murmuró:

—Si los calcetines fuesen tuyos, si los jerseys fuesen para ti..., si los muñecos rubios fueran nuestros...

Cuando una boca es absorbida por otra, enmudece.

Y Milton había silenciado la de ella de una forma deliciosa. Aplastando la suya en aquellos labios frescos, húmedos, rojos, gordezuelos...

Jadeantes, miráronse a los brillantes ojos.

—Te adoro, doctora.

Y la estrechó de nuevo contra su varonil torso.

—¡Milton! ¿Qué llevas ahí que me hace daño?

Sonrió el hombre.

—Un revólver calibre 38, doctora. Un revólver que lleva mucho tiempo sin funcionar.

En efecto, así era.

Los hombres como Milton Parker poco usaban del arma que como agentes de la Ley debían llevar.

Los miembros de aquel nuevo edificio de Mowry Drive 1200, Miami D. C., se enfrentaban a los problemas del mundo del crimen con dos armas silenciosas: cerebro y deducción.

Policías de la moderna generación.

—Magali..., ¿cuánto tardas en empacar?

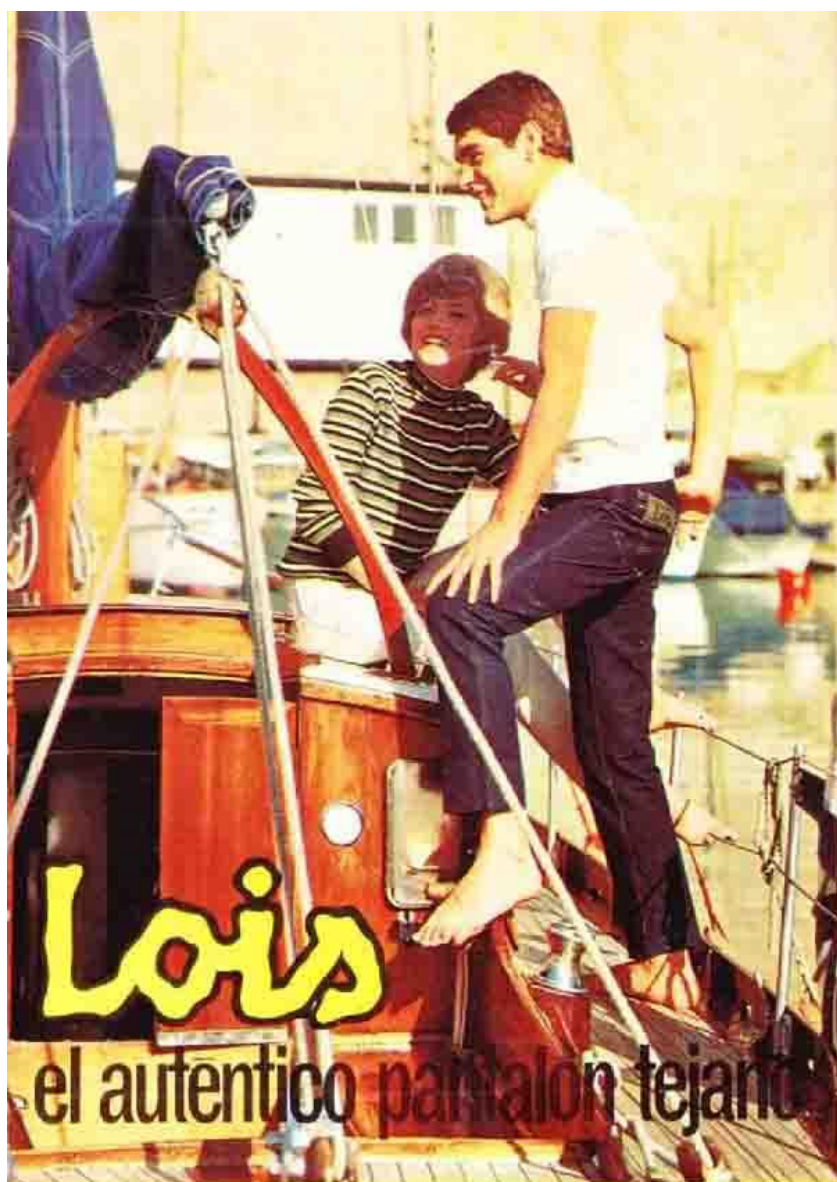
—¿Adónde vamos?

—A un lugar en el que puedan convertirte en la señora Parker.

Se lanzó de nuevo entre sus brazos.

¿Para qué seguir...?

FIN



Lois

el autentico pantalón tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.